

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

MORIR POR EL GS-20

Joseph
Berna

**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS



La carretera conducía a Washington capital.

En ella, sin embargo, el tráfico era prácticamente nulo.

Casi nadie la utilizaba, porque existían otros accesos mucho más modernos para llegar a Washington. Podía decirse, por tanto, que aquélla era una carretera olvidada, casi muerta.

Y precisamente por eso, por tratarse de una carretera sin circulación, había sido elegida por los tres coches que rodaban por ella a una velocidad moderada, ni excesivamente lenta ni demasiado rápida, por lo importante no era llegar más pronto a Washington, sino llegar sin contratiempos.



Joseph Berna

Morir por el «GS-20»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1790

ePub r1.0

Lds 14.03.19

Título original: *Morir por el*
«GS-20»

Joseph Berna, 1985

Cubierta: Norma

ePub modelo

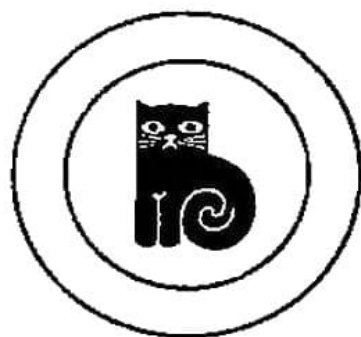
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La carretera conducía a Washington capital.

En ella, sin embargo, el tráfico era prácticamente nulo.

Casi nadie la utilizaba, porque existían otros accesos mucho más modernos para llegar a Washington. Podía decirse, por tanto, que aquella era una carretera olvidada, casi muerta.

Y precisamente por eso, por tratarse de una carretera sin circulación, había sido elegida por los tres coches que rodaban por ella a una velocidad moderada, ni excesivamente lenta ni demasiado rápida, por lo importante no era llegar más pronto a Washington, sino llegar sin contratiempos.

Y, evidentemente, el riesgo de sufrir contratiempos era menor en una carretera tan solitaria y tan tranquila como aquella, que en una autopista de tráfico denso y continuo, en la que los coches se rozaban literalmente unos a otros.

A pesar de ello, los ocupantes de los tres vehículos no viajaban en absoluto confiados. Estaban todos alerta y vigilaban los alrededores de la carretera, como si temieran alguna emboscada.

Era una posibilidad que no se podía descartar, pese a haber elegido aquella carretera secretamente. Y es que, en asuntos tan importantes como aquél, no se podía estar nunca seguros de nada.

Los espías estaban para eso, para averiguar planes secretos y pasar la información a sus jefes, para que éstos obrasen en consecuencia. Y se sabía que más de un espía andaba detrás de lo que portaba uno de los tres coches.

El que rodaba en medio, concretamente, escoltado por los otros dos.

Era un Mercedes-Benz plateado.

El coche que iba delante, era un Chevrolet negro; el que

marchaba detrás, un Ford oscuro. En cada uno de ellos, al igual que en el Mercedes-Benz, iban cuatro hombres.

En total, doce hombres.

Doce hombres decididos y valientes, fuertemente armados, dispuestos a defender con sus vidas lo que viajaba en el Mercedes-Benz, encerrado en un maletín especial.

El maletín iba sujeto a la muñeca izquierda de uno de los hombres que viajaban en el asiento trasero, por medio de una gruesa cadena que nacía del asa y terminaba en una especie de esposa que cercaba la muñeca del agente.

El tipo, al igual que sus once compañeros, llevaba una pistola automática bajo la axila. Pero sólo él, y los tres hombres que conducían los vehículos, no portaban metralletas.

Los otros ocho, sí.

Metralletas modernas y ligeras, tremendamente efectivas.

Si se veían atacados, no dudarían en usarlas, porque tenían órdenes de luchar, e incluso de morir, por el GS-20.

El

GS-20

era un avión de combate, recientemente diseñado, que todavía no había sido construido. Y lo que transportaba el maletín, eran precisamente los planos del

GS-20.

Con ellos, cualquier país extranjero podría construir todos los GS-20

que quisiera. Y eso sería terrible para los Estados Unidos, porque el GS-20

era el mejor avión de combate diseñado hasta el momento.

Aventajaba, y con mucho, a todos los modelos existentes.

Era más rápido, más resistente, y más poderoso que cualquier otro avión de combate, por lo que de caer los planos en manos de cualquier país enemigo, las consecuencias podrían ser gravísimas.

De ahí que los planos del

GS-20

estuvieran siendo llevados a Washington con tanto secreto y con toda clase de precauciones. Se sospechaba que más de un país extranjero tenía noticias de la existencia de los planos del nuevo

avión de combate diseñado en Estados Unidos y conocía su poderío, por lo que no se debía descartar una posible acción encaminada a arrebatarse los planos del GS-20.

Hasta el momento, sin embargo, nadie había hecho nada por conseguir los planos del moderno avión de combate. Y es que, ciertamente, los agentes estadounidenses estaban dando muy pocas facilidades a los agentes extranjeros, al custodiar noche y día los valiosos planos, impidiendo cualquier aproximación a ellos.

Así había sido desde que el diseño del GS-20 estuvo terminado, y así lo seguiría siendo hasta que el nuevo avión se construyese y fuera presentado al mundo entero.

Hasta entonces, todo lo relacionado con el GS-20 se mantendría en el más absoluto secreto. Aunque ya no lo fuera, lamentablemente, para algunos espías enemigos. Había sido inevitable, pero sí se podía evitar que los planos del nuevo avión cayesen en sus manos.

Y, sin los planos, de poco les serviría a los agentes extranjeros el haber averiguado que los norteamericanos habían diseñado un magnífico avión de combate: el GS-20.

Nadie podría construirlo.

Claro que aún no se podía asegurar que los planos del GS-20 no caerían en manos enemigas. Hasta que el avión de combate no estuviese construido, existiría esa posibilidad, aunque los agentes estadounidenses se encargarían de que fuera lo más remota posible, tal y como lo habían venido haciendo hasta ahora.

Larson, el tipo que conducía el Mercedes Benz, rompió el silencio que desde hacía varios minutos reinaba en el interior del vehículo, diciendo:

—Media hora más, y estaremos en Washington.

—Tengo ganas de llegar —confesó Maughan, el agente que viajaba a su lado, con la metralleta sobre las rodillas.

—Esto está muy tranquilo, muchachos. No creo que pase nada —habló North, el tipo que iba en el asiento de atrás, junto a Seaton,

el agente que portaba el maletín especial sujeto a su muñeca izquierda.

North, al igual que Maughan, llevaba su metralleta sobre las rodillas.

—Esperemos que no, North —dijo Seaton.

—Veréis cómo llegamos a la capital sin novedad —vaticinó el agente North—. Nadie esperaría que tomásemos esta carretera, prácticamente en desuso ya. Fue una gran idea venir por aquí.

—De todos modos, yo no me sentiré tranquilo hasta que hayamos entregado los planos del

GS-20

en Washington —repuso Maughan—. Es como transportar un cargamento de nitroglicerina.

Seaton esbozó una sonrisa.

—La comparación me parece muy acertada, Maughan.

—A mí también —dijo Larson.

—Somos doce —recordó North—. ¿Quién va a ser el loco que se atreva a enfrentarse a una docena de hombres perfectamente armados...? ¡Ni aunque fueran varios los locos!

En el Ford oscuro, el coche que cerraba la marcha, se estaban haciendo comentarios parecidos. Y lo mismo sucedía en el Chevrolet negro, el vehículo que iba delante.

Los agentes, conscientes de su responsabilidad, tenían ganas de llegar a Washington y entregar los planos del GS-20.

Y deseaban hacerlo sin contratiempos.

Parecía que lo iban a conseguir, a juzgar por el tiempo que faltaba para alcanzar la capital. Menos de treinta minutos.

De pronto, el agente que conducía el Chevrolet descubrió un gran charco en la carretera. La cruzaba de parte a parte, pero como el charco no parecía entrañar ningún peligro, el vehículo lo cruzó.

Efectivamente, no pasó nada.

De repente, el conductor del Chevrolet descubrió otro gran charco en la carretera. Le mosqueó el hecho, pero como no había ocurrido nada cuando cruzaron el primer charco, intentó cruzar el segundo también, convencido de que no iban a tener problemas.

Pero se equivocó.

Los tuvieron... y muy gordos.

Sí, porque alguien arrojó una tea encendida al charco, justo cuando el Chevrolet lo cruzaba. Y como el charco no era de agua, sino de gasolina, el inflamable líquido ardió en seguida, formando una gigantesca hoguera.

Una gigantesca hoguera que envolvió por completo al Chevrolet con sus llamas, abrasando a sus ocupantes.

Los agentes que iban en el Mercedes-Benz quedaron sobrecogidos.

—¡Santo cielo! —exclamó Larson.

—¡El Chevrolet está ardiendo como una pira! —gritó Maughan.

—¡Qué horror! —exclamó North.

—¡Saca el coche de la carretera, Larson! ¡Rápido! —ordenó Seaton, intuyendo que habían caído en una emboscada.

Así era.

Les habían tendido una trampa en la carretera.

Una trampa muy hábil, de la que les iba a resultar muy difícil escapar.

Y tan difícil, porque el Ford oscuro había pisado también el primer charco de gasolina. Y como otra tea encendida cayó en él, arrojada desde el lado derecho de la carretera, la gasolina ardió y envolvió con sus llamas al vehículo, achicharrando a los cuatro agentes que iban en él.

El fuego alcanzó el depósito de gasolina del Chevrolet y lo hizo estallar como una bomba. Naturalmente, el vehículo y sus ocupantes saltaron en pedazos.

Y lo mismo sucedía, apenas unos segundos después, con el Ford.

El único que de momento se había librado de la gasolina y del fuego, era el Mercedes-Benz, porque a él le habían reservado otra cosa.

Balas.

Docenas de balas.

Eran varias las metralletas que ladraban a ambos lados de la carretera. Y todas habían tomado como blanco al Mercedes-Benz.

Larson, acatando la orden de Seaton, había sacado el vehículo de la carretera, pero no pudo avanzar mucho con él, porque una ráfaga le alcanzó y le destrozó la cabeza, causándole una muerte fulminante.

Maughan y North estaban respondiendo al ataque con sus

metralletas.

También Seaton disparaba con su pistola automática.

Desgraciadamente, al morir Larson, el Mercedes-Benz volcó aparatosamente y los agentes quedaron conmocionados.

Segundos después, recibían sendas ráfagas de metralla y se convertían también en cadáveres.

CAPÍTULO II

Adam Blocker, de treinta y cinco años de edad, cabello oscuro y facciones correctas, estaba echado en una tumbona. Luda un breve bañador negro y tenía una guitarra en las manos.

Sabía arrancarle unas notas y unos acordes lentos, suaves, melodiosos. Era una música tranquila, agradable, como tranquilo y agradable era el lugar en donde tocaba.

Adam Blocker se encontraba en el jardín de su casa. Un jardín amplio y hermoso, con una piscina magnífica. No se escuchaban ruidos molestos, porque la casa se alzaba a unos veinte kilómetros de Washington, en una zona solitaria y pacífica, ideal para descansar.

Y eso hacía Blocker, descansar.

Tomar el sol.

Bañarse en la piscina, cuando le apetecía.

Pero Adam Blocker no estaba solo en el jardín.

Junto a él, echada en otra tumbona, se hallaba Jessica Allen, una guapa modelo de sólo veintitrés años, cabello rojizo, ojos verdes y boca sensual.

Jessica luda un descarado bikini amarillo que sólo le cubría lo indispensable. Incluso un poco menos de lo indispensable, si uno se fijaba bien.

Pero el único que podía fijarse bien, era Adam Blocker.

Y no lo hacía.

Sólo le prestaba atención a su guitarra.

Jessica, que tenía un cuerpo realmente maravilloso, empezaba a sentir celos del instrumento musical, porque le estaba robando el interés de Adam. Y, como no estaba dispuesta a permitirlo, alargó la mano y la posó en el muslo masculino, velludo y musculoso, como

todo el cuerpo de Adam Blocker, desarrollado y atlético.

—Adam... —pronunció con voz cálida, mientras sus finos dedos recorrían suavemente el muslo varonil.

—¿Qué? —respondió él, sin mirarla.

—¿Qué haces?

—Toco la guitarra, ya lo ves.

—¿No prefieres tocarme a mí...?

—Tú no tienes cuerdas.

—Pero tengo otras cosas.

Blocker la miró y sonrió.

—Cada cosa a su tiempo, preciosa.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué vas a seguir tocando la guitarra...?

—Sí, un poco más.

—Y a mí que me parta un rayo, ¿no?

—Es poco probable, porque el cielo está totalmente despejado.

No hay riesgo de tormenta —respondió Blocker, con ironía.

La modelo apretó los dientes.

—¡No me vengas con chistes, Adam!

—Cálmate, nena.

—¡Quiero que me hagas caso!

—Y te lo hago.

—¡En este momento, ninguno!

—Porque me apetece tocar un poco la guitarra.

—¡Pues a mí me apetecen otras cosas!

Blocker la miró de nuevo.

—Dentro de unos minutos estaré contigo, te lo prometo.

—¿Cuántos? —preguntó Jessica, apretándole el muslo.

—Quince, a lo sumo.

—Son muchos —dijo la modelo, deslizando su mano hacia el negro bañador.

Blocker tuvo una ligera contracción y dijo:

—Diez minutos, Jessica.

La modelo sonrió sensualmente, al tiempo que paseaba su mano por el bañador.

—Me siguen pareciendo muchos.

—De acuerdo, sólo cinco. Y no digas que todavía son muchos, porque te arreo con la guitarra en la cabeza.

Jessica rió y retiró su mano del bañador de Adam.

—Muy bien, esperaré cinco minutos —dijo, levantándose—. Pero no aquí, sino en la piscina.

—Es una buena idea —aprobó Blocker.

La modelo le lanzó un beso y después caminó hacia la piscina, moviendo deliberadamente las caderas.

Blocker la siguió con la mirada, claro.

Valía la pena, porque la pieza inferior del bikini, por la parte de atrás, podía decirse que no existía. Y el trasero de Jessica era algo muy serio.

La modelo lo miró con disimulo, por encima del hombro, para ver si había logrado captar su atención con el sensual balanceo de caderas. Y cuando descubrió que Adam tenía los ojos clavados en su desnuda grupa, se agachó y se tocó el dedo gordo del pie derecho, sin flexionar apenas las rodillas.

Blocker falló un par de notas.

Y había motivos sobrados no ya para fallar notas, sino para arrojar la guitarra y brincar de la tumbona.

Jessica se recreó, esperando que Adam hiciera eso, pero como vio que no se movía de la tumbona, se irguió y se lanzó a la piscina, nadando con buen estilo.

Blocker lanzó un suspiro y volvió a prestarle atención a la guitarra.

Tan sólo unos segundos después, caía algo en la tumbona de Jessica.

Blocker miró hacia allí y descubrió el sujetador del bikini de la modelo.

—¡Prefiero nadar con el pecho desnudo! —oyó decir a Jessica.

Blocker la miró.

La modelo se mantenía en la superficie, exhibiendo sus tentadores senos, que parecían flotar en el agua.

Blocker falló otro par de notas.

Volvió a sentir deseos de arrojar la guitarra sobre el césped y saltar de la tumbona, para reunirse con la exuberante Jessica, pero por segunda vez logró controlarse.

La modelo comenzó a nadar de espalda, para seguir con la exhibición de sus protuberancias pectorales y continuar excitando a Adam. Se había propuesto hacerle brincar de la tumbona antes de que transcurrieran los cinco minutos acordados, y no pararía hasta

conseguirlo.

Blocker suspiró de nuevo y volvió a olvidarse de Jessica, aunque cada vez le resultaba más difícil. Ya no podía concentrarse en la guitarra como antes.

De pronto, cayó algo más en la tumbona de al lado.

Blocker ladeó la cabeza y descubrió la diminuta pieza inferior del bikini de la modelo.

—¡Aún me gusta más bañarme sin nada! —dijo Jessica.

Blocker la miró, claro.

Jessica flotaba en el agua, boca arriba, exhibiéndolo todo.

Blocker falló tres notas seguidas.

Un par de acordes.

En vez de un «Do» mayor, le salió un «Re» erótico; y en lugar de un «Fa» sostenido, le brotó un «Mi» penetrante, al buen entendedor...

Blocker no pudo resistir más y mandó la guitarra al cuerno, saltando seguidamente de la tumbona.

La modelo lo vio correr hacia la piscina y exclamó:

—¡Todavía no han pasado los cinco minutos, Adam!

—¡No importa! —respondió Blocker, y se lanzó de cabeza al agua.

Jessica, muy contenta por haberse salido con la suya, dejó de nadar de espalda y braceó con rapidez, para alejarse todo lo posible de Adam.

Éste, sorprendido, exclamó:

—¡Eh!, ¿qué diablos haces...?

—¡Alejarme de ti!

—¿Por qué?

—¡No dejaré que me toques hasta que hayan transcurrido los cinco minutos!

—Conque no, ¿eh? ¡Ahora verás!

Jessica vio que Adam se lanzaba hacia ella, braceando vigorosamente, y como sabía que no podría esquivarle en la superficie, porque él nadaba mucho más rápido, llenó sus pulmones de aire y se sumergió.

Blocker hizo lo mismo.

No había mandado la guitarra al cuerno para que ahora la modelo se pusiese a jugar con él en el agua. Le había tentado con

sus más íntimos encantos, para hacerle saltar de la tumbona, y ahora pretendía escabullirse.

¡Ni hablar!

La atraparía y la haría suya.

Allí mismo, en la piscina.

Jessica lo vio bucear hacia ella y trató de esquivarle, pasando por su lado izquierdo, pero no lo consiguió. Adam nadaba como un pez y la agarró de una pierna.

La modelo luchó por soltarse, pero no pudo.

Blocker le agarró la otra pierna y tiró de las dos. Después, la abrazó por detrás y la besó en el cuello.

Jessica dejó de forcejear.

En realidad, aquello era lo que ella quería, estar entre los brazos de Adam, desnuda, recibiendo sus besos, sus caricias... Cuando sintió las manos masculinas en sus pechos, oprimiéndolos, puso las suyas sobre ellas y las apretó.

Blocker la obligó a girarse, para besarla en los labios, en el pecho, en el vientre...

Ella lo permitió, encantada, porque estaba gozando muchísimo.

Lo malo era que el aire se le estaba acabando.

Tenía que emerger.

Jessica se escabulló de los brazos de Adam y alcanzó la superficie.

Estaba ya llenando nuevamente sus pulmones de aire, cuando emergió Blocker. La volvió a abrazar y dijo:

—Te voy a poseer, Jessica.

—¿Aquí...?

—¿Por qué no?

—Prefiero que salgamos y hagamos el amor tumbados en el césped. Si me posees en el agua, sentiré complejo de trucha.

—¿Y si aparece Robert...?

—¡No debiste mencionar a tu criado! —exclamó la modelo, descubriendo que, justo en aquel momento, Robert salía al jardín.

CAPÍTULO III

Robert Cox tenía cuarenta y cuatro años de edad. Era un tipo alto, fornido, de cuello grueso y nariz chata. Tenía la cara simpática y llevaba varios años al servicio de Adam Blocker.

Más que un criado, era un amigo para Blocker. Un amigo fiel, honrado y valiente, dispuesto a jugarse la vida por él si era necesario. Y se la había jugado más de una vez.

Cuando estaban solos, se tuteaban y se trataban como compañeros, por expreso deseo de Adam Blocker. Solamente cuando había alguien presente tenía Robert Cox que tratarle con el respeto que debe guardarle un criado al hombre para el cual trabaja.

Blocker descubrió también a Cox y murmuró.

—Menos mal que seguimos en el agua.

—¡No dejes que se acerque, Adam! ¡Me lo verá todo! —exclamó Jessica Allen.

—Pégate al dique. Así no te verá nada.

La modelo nadó rápidamente hacia el muro de la piscina y Blocker lo hizo hacia la escalera metálica.

Cox, que tenía una vista de lince, descubrió que la amiga de Blocker estaba en cueros vivos y reprimió una sonrisa. Se detuvo a unos cuatro metros de la piscina y esperó a que Blocker saliera de ella.

Blocker estaba trepando ya por la escalera.

—¿Qué ocurre, Robert?

—Tiene una visita, señor Blocker.

—¿De quién se trata?

—Es el señor Randall.

—¡Oh, no! —exclamó Adam, llevándose las manos a la cabeza.

—Le espera en su despacho, señor Blocker.

—¡Maldita sea!

Jessica, pegada ya al dique, preguntó:

—¿Quién es ese tal Randall, Adam?

Blocker se volvió hacia ella.

—Mi jefe.

—¿Tu jefe...?

—Bueno, mi ex jefe, puesto que ya no trabajo para él. Pero me temo que el señor Randall ha olvidado esto último —rezongó Blocker.

—Si ya no trabajas para él, no estás obligado a recibirle, así que dile a Robert que lo despida con cualquier excusa y vuelve conmigo —pidió la modelo.

Blocker exhaló un suspiro.

—Lo haría con mucho gusto, Jessica, créeme. Pero no puede ser.

—¿Vas a recibirle...?

—Sí, no tengo más remedio.

La modelo dio una furiosa palmada sobre el dique de la piscina.

—¡No es justo, Adam!

—Lo despacharé en unos minutos, te lo prometo.

—¡Ya tuve que esperar por culpa de la guitarra! ¡Y ahora por culpa de tu ex jefe!

—También a mí me disgusta no poder continuar, te lo aseguro.

—¡Pues manda al tal Randall a la porra!

—Te repito que no puedo. Volveré lo antes posible, Jessica.

—¡Puede que yo ya no esté aquí!

Adam sonrió.

—Robert...

—¿Sí, señor Blocker?

—Quédate aquí y no dejes que Jessica salga de la piscina.

—Entendido.

La modelo montó en cólera.

—¡Esto es un secuestro, Adam!

—Casi —respondió Blocker, que ya se estaba enfundando su bata de baño.

—¡Me las pagarás, te lo juro!

Blocker le lanzó un beso y sugirió:

—Nada un poco, cariño. Así pasarán los minutos más de prisa.

Jessica dio un rabioso puñetazo sobre el dique.

—¡No puedo nadar, y tú lo sabes!

Robert Cox clavó los ojos en el bikini de la modelo, que seguía sobre la tumbona, y emitió un carraspeo.

—¿Se lo doy, señor Blocker?

—Te despediré si lo haces, Robert.

Jessica lo fusiló con los ojos.

—¡Eres un...!

—Me lo dirás cuando vuelva, tesoro —la interrumpió Adam, y echó a andar hacia la salida del jardín.

* * *

Tyrone Randall, uno de los más altos jefes del Servicio Secreto norteamericano, paseaba nerviosamente por el despacho de Adam Blocker. Era un hombre más bien alto, delgado, pero fuerte. Contaba cuarenta y siete años de edad y tenía el cabello gris. Llevaba bigote y vestía un traje oscuro de impecable corte.

De pronto, la puerta se abrió y Adam entró en el despacho, todavía con el pelo mojado. Tyrone, que se había detenido, abrió los brazos al verle y exhibió una amplia sonrisa.

—¡Blocker, muchacho!

—Hola, señor Randall.

—¡Un abrazo, Blocker!

—Mejor que no me lo dé.

—¿Por qué?

—Me encontraba en la piscina y estoy mojado.

—¿Y a quién le importa eso...? ¡Venga ese abrazo, muchacho!

—Está bien. Si se le estropea su flamante traje, a mí no me eche las culpas.

—¡Al diablo el traje! —rió Randall, y abrazó efusivamente a Blocker—. ¡Esto vale más que una docena de trajes!

—¿Tantos...?

Randall se separó de él, le puso las manos en los hombros, y se los apretó.

—Tenía muchas ganas de verte, Blocker.

—Pues yo, sinceramente, no tenía tantas de verle a usted, señor Randall.

Tyrone rió de nuevo.

—El mismo Blocker de siempre. ¿Por qué no me llamas jefe, como antes...?

—Porque ya no estoy a sus órdenes. En todo caso, tendría que llamarle ex jefe.

—Y yo a ti, ex agente Blocker.

—Exacto.

—No me gusta emplear el «ex» —confesó Tyrone.

—A mí, en este caso concreto, me encanta.

—¿Tan hartos estabas de mí...?

—Bastante.

Tyrone Randall sacudió la cabeza.

—Te gustaba pertenecer al Servicio Secreto, confíésalo.

—Al principio, sí, porque me encargaban una misión de vez en cuando; más bien de tarde en tarde. Luego, las misiones fueron aumentando, lo que me dejaba muy poco tiempo libre. Y, últimamente, las misiones eran continuas. Cuando regresaba de una, usted ya me tenía preparada otra, así que no disponía de tiempo para mí. Y yo necesitaba descansar, señor Randall. Estar sin hacer nada, tener junto a mí una mujer, divertirme con ella...

—En todas tus misiones has estado con mujeres hermosas y te has divertido con ellas, así que no me digas ahora que echabas eso de menos, Blocker —repuso Tyrone—. Lo del descanso, pase, pero lo otro... Eras el agente más mujeriego de todo el Servicio Secreto.

Adam no pudo reprimir una sonrisa.

—No es lo mismo hacer el amor con una mujer con absoluta tranquilidad que con la automática debajo de la almohada, por si de pronto aparece un agente enemigo.

—Tienes razón. Pero el caso es que tú no desperdiciabas ninguna ocasión. Te has llevado a la cama a las más bellas y apasionadas mujeres. Con la automática a mano, pero disfrutando con ellas. En cuanto a lo del excesivo número de misiones...

—También tengo razón en eso, señor Randall. No podía disfrutar ni siquiera de unos pocos días de descanso. Y eso no es vida.

—Estoy de acuerdo. Pero no era mía la culpa, sino tuya.

—¿Mía...? —exclamó Adam.

—Sí, por ser el agente más brillante y eficaz de todo el Servicio Secreto norteamericano. No importaba que las misiones que se te

confiaban fuesen extremadamente peligrosas. No fracasabas en ninguna. Ibas de éxito en éxito. Donde los demás fracasaban, tú triunfabas espectacularmente. Y claro. ¿Qué iba a hacer yo...? Pues recurrir a ti una y otra vez, porque eras toda una garantía. De haber sido un agente vulgar y corriente, no te habría asignado tantas misiones, puedes estar seguro.

—Así que tenía que haber sido más torpe, ¿eh?

—No, Blocker. Cada uno es como es. Tú eres un tipo excepcional y no puedes actuar torpemente. Lo tuyo es triunfar.

—Pues me cansé de tanto éxito, señor Randall. Por eso lo dejé y ahora me dedico a descansar. A gozar de la vida plenamente, que son cuatro días y hay que aprovecharlos.

—Un tipo de acción, como lo eres tú, no puede estar sin hacer nada, Blocker.

—¿Quién ha dicho que no?

—Te aburrirás como una ostra.

—Está muy equivocado, señor Randall. Tengo una pelirroja en mi casa que está sensacional. Continuamente me está pidiendo «acción». Y así es imposible aburrirse.

Tyrone sonrió.

—Tú necesitas también la otra clase de acción, Blocker. Y yo he venido a proporcionártela.

—Así que quiere confiarme una misión, ¿eh?

—Sí, Blocker. Recuperar los planos del

GS-20,

el nuevo avión de combate —respondió el jefe del Servicio Secreto.

CAPÍTULO IV

Adam Blocker acusó las palabras de Tyrone Randall.

—¿Han robado los planos del GS-20...?

—murmuró.

—Sí —asintió Tyrone.

—¿Cuándo?

—Esta misma mañana.

—¿Cómo sucedió?

El jefe del Servicio Secreto le explicó dónde habían sido atacados los tres coches y por qué habían elegido aquella carretera prácticamente en desuso, añadiendo:

—No sirvió de nada tomar esa solitaria carretera, porque alguien se enteró del camino que iban a seguir y les tendieron una emboscada. Los dos coches que daban escolta al Mercedes-Benz saltaron en pedazos, junto con sus ocho ocupantes. En cuanto al Mercedes, recibió más de un centenar de impactos de bala. El coche volcó y los cuatro agentes que iban en él recibieron varios balazos.

Adam, impresionado, preguntó:

—¿Murieron todos...?

—Sí, los doce hombres fueron encontrados cadáveres. Y a Seaton, el agente que portaba el maletín con los planos sujeto a la muñeca, le faltaba la mano izquierda.

—¿Se la amputaron...?

—Sí, para apoderarse del maletín. Los atacantes debían saber que se trataba de un maletín especial, con carga explosiva, y no se atrevieron a forzar la cerradura ni a partir la cadena. No lo abrirán hasta saber exactamente cómo hacerlo para que los planos no queden destruidos por la explosión. Estudiarán tranquilamente el

maletín en su guarida, sin prisas. Lo más difícil, era conseguir los planos del GS-20.

Y ya los tienen en su poder.

—Me resisto a creer que pudieran eliminar a una docena de hombres fuertemente armados...

—Pues lo consiguieron, Blocker. Y sin sufrir una sola baja. Supieron preparar la trampa. Y nuestros agentes no pudieron evitar el caer en ella.

—Lo siento mucho, señor Randall.

—Lo sé. Pero no me basta con que lo sientas, Blocker. Quiero que encuentres a los canallas que llevaron a cabo ese cobarde ataque, que les des su merecido a todos, y que me traigas los planos del GS-20.

—Yo ya no pertenezco al Servicio Secreto.

—Pero puedes volver a él.

—Puedo, pero no quiero. Cuando tomé la decisión de abandonarlo...

—Estabas cansado de tanta misión, ya lo sé. Y harto de mí, porque era yo quien te las confiaba. Pero has tenido tiempo de descansar, Blocker. Incluso de aburrirte un poco, aunque tú digas que no. Es hora de volver a la acción. Pero a la acción de verdad, no a la que te pide esa pelirroja tan fogosa.

Adam movió la cabeza.

—No, señor Randall.

—Estoy dispuesto a aceptar tus condiciones, Blocker. Si quieres que te encargue menos misiones, así lo haré. Sólo llevarás a cabo las que tú quieras.

—Es que no quiero llevar a cabo ninguna.

—Blocker, muchacho...

—Se acabó, señor Randall. No quiero volver a ser agente secreto. Lo he sido ya bastantes años. Mi retirada es definitiva. Vuelvo a ser un hombre normal y deseo seguir siéndolo.

Tyrone Randall se mesó el cabello.

—Hagamos un trato, Blocker.

—No quiero hacer ningún trato con usted, señor Randall.

—Escúchame, por favor.

—Le escucharé, si se empeña, pero no logrará hacerme cambiar de idea.

—No voy a pedirte que vuelvas al Servicio Secreto. Lo he intentado, pero has dicho que no de una forma tan rotunda, que no pienso insistir. Lo único que voy a pedirte, es que aceptes la misión que he venido a confiarte. Recupera los planos del

GS-20,

y te doy mi palabra de que no volverás a verme en tu vida. Nunca más sabrás de mí. Aunque el mundo entero esté en peligro, no recurriré a ti. Ése es el trato que te propongo, Blocker.

Adam pareció vacilar.

—¿Seguro que se olvidará de mí...?

—Te lo prometo.

—Usted suele romper bastante a menudo sus promesas, señor Randall.

Tyrone tosió.

—Obligado por las circunstancias, Blocker. Pero no faltaré a la promesa que acabo de hacerte, te lo garantizo. Si vuelvo a molestarte en el futuro, que me caiga un rayo encima y me fulmine.

Adam sonrió levemente.

—Está bien, acepto el trato. Recuperaré los planos del GS-20.

Será mi última misión.

El jefe del Servicio Secreto estadounidense casi da un brinco de alegría.

—¡Estaba seguro de que no me fallarías, Blocker! —exclamó, al tiempo que lo abrazaba.

—Eso dígallo cuando le entregue los planos del GS-20.

—¡Los recuperarás, estoy convencido! ¡Tú no conoces el fracaso, Blocker!

—He tenido mucha suerte, ésa es la verdad.

—¡Sí, la suerte de valer mucho!

—Bueno, basta de elogios, jefe. Lo que tiene que hacer, es hablarme de mi misión. ¿Por dónde empiezo? ¿Hay alguna pista...? ¿Se sospecha de alguien en particular...?

Tyrone Randall se separó de él.

—Tenemos algo, sí. Pero no sé si llamarlo pista auténtica, pista

falsa, o trampa —respondió, preocupado.

—Explíquese, jefe.

—Gracias por haber suprimido el «ex», Blocker.

—Vuelvo a estar a sus órdenes, aunque sea por última vez, y tengo que llamarle otra vez jefe. Y ahora, hágale de esa pista... o de lo que sea.

—Verás, recibimos una llamada anónima. Era una mujer y dijo que podía ayudarnos a recuperar los pía nos del

GS-20,

facilitándonos el nombre de alguien que estaba metido en el ajo.

—¿Y lo facilitó...?

—Sí, dijo que el tipo se llama Philip Yeldham.

—Me suena el nombre...

—Es un hombre de negocios. Y no muy limpios, por cierto, aunque la verdad es que nadie ha podido probar todavía que esté metido en negocios sucios. El tal Yeldham es un tipo inteligente y sabe hacer bien las cosas. Tiene dinero y le gustan las mujeres hermosas. Por su cama han pasado las más bellas del país. Sin embargo, se cansa pronto de ellas y les da la patada sin el menor escrúpulo.

—Vaya.

—La última en recibirla, fue una tal Penelope Wellch, artista de profesión. Bailarina, concretamente. Una auténtica belleza, capaz de encender a los hombres con su danza, exótica, sensual, casi salvaje. Se retiró del mundo del espectáculo, creyendo sin duda que había conquistado a Philip Yeldham y que éste la tendría siempre a su lado. Pero se equivocó, como todas, y ha tenido que volver al club nocturno en donde trabajaba.

—Pobre Penelope.

—Pudo ser ella la de la llamada anónima.

—¿Para vengarse de Yeldham...?

—Exacto.

—En ese caso, sería una pista auténtica.

—Sí, pero también puede ser una pista falsa, facilitada por alguien que desea desviar nuestras sospechas hacia un hombre que, aunque metido en asuntos sucios, quizá no tenga nada que ver en el robo de los planos del

GS-20.

De esa manera, mientras nosotros nos ocupamos de Philip Yeldham, el verdadero responsable del robo de los planos del nuevo avión de combate podrá sentirse tranquilo.

—También es posible, sí.

—Por último, puede ser una trampa en la que se espera caiga el agente o agentes encargados de recuperar los planos del GS-20.

Si el tipo que planeó el robo de los planos me conoce, y es muy posible que sí, habrá adivinado que yo recurriría a ti, por ser nuestro mejor agente, el más seguro. Y en ese caso...

—La trampa será para mí.

Tyrone Randall asintió con la cabeza.

—Así es, Blocker. Temo que el cerebro que planeó el robo de los planos del GS-20

no quiera esperar a que tú des con él, consciente de tu peligrosidad, y haya decidido eliminarte antes de que puedas encontrar alguna pista verdadera.

—¡Hum!, tampoco se puede descartar esa tercera posibilidad, jefe.

—Tendrás que andarte con pies de plomo, Blocker.

—Siempre lo hago, no tema.

—Bien, es todo lo que puede decirte sobre el robo de los planos del GS-20

—suspiró Randall—. Lo demás depende ya de ti, Blocker.

—Aún puede decirme algo más, jefe.

—¿El qué?

—¿Cómo se llama el club nocturno en donde baila esa belleza llamada Penelope?

—El Papagayo Rojo —respondió Randall.

—Conozco el local.

—¿Piensas ir por allí?

—Sí, quiero hablar con Penelope Welch.

—Si fuera ella la que llamó, no lo admitiré, por temor a posibles represalias.

—Pero yo sabré si miente o si dice la verdad. Suficiente para saber si la pista que tenemos es falsa o auténtica. O si es una

trampa...

—De acuerdo, Blocker. Que tengas suerte en El Papagayo Rojo.

—Una cosa más, jefe. ¿Conoce el nombre de la amante actual de Philip Yeldham...?

—La chica se llama Elke Simmons, es cantante, y está como quiere.

Adam sonrió.

—Quizá tenga ocasión de conocerla también —dijo—. Y ahora, con su permiso, vuelvo con mi pelirroja. La dejé en remojo, como los garbanzos, y ya se debe de estar hinchando como ellos —añadió, haciendo reír al jefe del Servicio Secreto.

CAPÍTULO V

Jessica Allen, en vista de que Adam Blocker tardaba más de la cuenta en regresar, pidió:

—Déme el bikini, Robert.

Robert Cox carraspeó.

—Lo siento, señorita Jessica, pero el señor Blocker me amenazó con despedirme si...

—No lo hará, no se preocupe.

—¿Cómo lo sabe?

—No hablaba en serio, Robert.

—Pues a mí me pareció que...

—¡Déme el bikini o salgo desnuda! —gritó la modelo, perdiendo de nuevo la calma.

Cox tosió.

—Mejor que no lo intente, señorita Jessica. El señor Blocker me ordenó que no la dejara salir de la piscina, ¿recuerda?

—¿Y sería usted capaz de mostrarse violento conmigo...? ¿Con una mujer, que además está desnuda...?

—Me disgustaría profundamente tener que hacerlo, créame, pero tengo que impedir que abandone usted el jardín.

—¡No pienso abandonarlo!

—¿Y por qué le dijo al señor Blocker que...?

—¡Porque estaba furiosa!

—Ahora también lo está, señorita Jessica. Y temo que...

La modelo hizo un esfuerzo y logró calmarse.

—No abandonaré el jardín, Robert, se lo juro. Sólo quiero salir del agua. Estoy muy incómoda aquí, pegada al dique, para que usted no vea mi cuerpo desnudo. Vamos, sea bueno y déme el bikini. Lo necesito para poder salir de la piscina.

—Está bien —accedió Cox—. Si el señor Blocker la encuentra tranquila cuando regrese, no creo que se enfade conmigo.

—Si es que regresa...

—Eso ni lo dude, señorita Jessica.

—Está tardando mucho, Robert.

—Se lo parece a usted, pero sólo hace unos minutos que dejó el jardín.

—Vamos, lánceme el bikini.

Cox, que ya tenía en las manos las dos piezas del bikini, se las lanzó, haciéndolas caer justo sobre el dique de la piscina, para que la modelo pudiera cogerlas.

—Gracias, Robert.

—De nada.

—¿Le importaría volverse un minuto?

—En absoluto.

Robert le dio la espalda y Jessica se colocó el bikini, saliendo seguidamente de la piscina.

—Ya puede volverse, Robert.

Cox se giró y la miró.

—Tendré que quedarme con usted hasta que regrese el señor Blocker, señorita Jessica.

—Vigilándome, ¿eh?

—Sí.

—No me importa, Robert. Su compañía me resultara grata —sonrió la modelo, al tiempo que se acercaba a él.

Cox vio que le ponía las manos en los hombros y preguntó:

—¿Qué hace, señorita Jessica...?

—Le voy a dar un beso, Robert, por haberme lanzado el bikini y luego permitirme salir de la piscina.

—Pero...

Jessica no le dejó decir nada más. Unió su boca a la de él, y lo besó como ella sabía hacerlo.

Cox tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abrazar a la modelo y estrujarla contra su pecho.

Cuando retiró su boca de la de él, Jessica lo miró a los ojos y preguntó:

—¿Le ha gustado el beso, Robert...?

—Mucho —confesó Cox—. Aunque si el señor Blocker nos llega

a sorprender... —añadió, mirando hacia la puerta del jardín.

—Olvídese de él y tráigame una naranjada.

—¿Cómo?

—Que me sirva una naranjada, Robert. Me apetece.

—Pero, si dejo el jardín...

—No tema, no me escaparé. Le juré que no abandonaría el jardín, ¿recuerda?

—Está bien, señorita Jessica. Confiaré en su palabra.

—Es usted un sol, Robert —sonrió cautivadoramente la modelo, y le dio otro beso, aunque no tan largo ni tan excitante como el anterior.

Cox se separó de ella y caminó hacia la salida del jardín.

—¡Traiga dos naranjadas en vez de una, Robert! —pidió Jessica —. ¡Adam también querrá!

—¡De acuerdo! —respondió Cox.

La modelo esperó a que el criado saliera del jardín.

Entonces, tomó su encendedor y accionó un diminuto resorte secreto.

El encendedor se abrió por la parte inferior, pero como Jessica lo tenía boca abajo, el polvillo blanco que llenaba el pequeño compartimiento secreto no se derramó.

Jessica sonrió ligeramente y accionó de nuevo el resorte, para que el diminuto compartimiento se cerrara. Sólo quería saber si todo funcionaba bien, y ya había comprobado que así era.

El que hiciera uso o no de aquel encendedor tan especial, dependía de Adam Blocker.

* * *

Robert Cox regresó con una bandeja en las manos, en la que portaba el par de naranjadas. Encontró a Jessica Allen recostada en su tumbona, con un cigarrillo en los labios.

Cox depositó las naranjadas sobre la mesa del jardín, muy próxima al par de tumbonas. Justo en ese momento, Adam Blocker cruzaba la puerta del jardín.

—¡Vaya, por fin! —exclamó la modelo.

Cox se volvió y descubrió también a Blocker.

—Esperemos que no se enfade...

—No se preocupe, Robert. Yo lo arreglaré —aseguró Jessica, con una sonrisa.

Adam Blocker alcanzó las tumbonas y dijo:

—Veo que Robert te dio el bikini y te dejó salir de la piscina, ¿eh, Jessica?

—Como tardabas tanto... Además, yo le prometí que no abandonaría el jardín.

—¿Ya no estás enfadada?

—No, se me pasó pronto la rabieta.

—Me alegro mucho —sonrió Blocker, y se inclinó, besándola en los labios.

La modelo se deshizo del cigarrillo y le pasó los brazos por el cuello. Blocker hizo chasquear ligeramente los dedos con su mano izquierda.

Cox entendió y abandonó rápidamente el jardín. Blocker acarició los muslos de la modelo, sus caderas, su espalda...

Jessica interrumpió el beso y preguntó:

—¿Se ha ido ya tu ex jefe, Adam?

—Sí.

—¿Qué quería?

—Que trabajase de nuevo para él.

—¿Y qué le dijiste...?

—Haré un último trabajo para Randall.

—¿Qué clase de trabajo?

—No vale la pena hablar de ello.

—¿Y cuándo tienes que empezar...?

—Esta misma noche.

—¿Qué...?

—Lo siento, Jessica, pero no pude negarme.

—¡Teníamos que pasar la noche juntos, Adam!

—Lo sé, pero...

—¿Qué puedo hacer para retenerte?

—Me temo que nada. Lo que sí podemos hacer, es aprovechar bien el poco tiempo que nos queda. Son ya más de las seis...

La modelo fingió resignarse.

—De acuerdo, Adam. Me conformaré con eso.

Blocker se despojó de la bata de baño y dijo:

—Me doy una zambullida y estoy en seguida contigo.

—Vale.

Blocker corrió hacia la piscina y se arrojó de cabeza.

Jessica aprovechó aquel momento para, con mucho disimulo, tomar su encendedor, colocarlo sobre una de las naranjadas, accionar el resorte secreto, y derramar el polvillo blanco en la bebida, en la que quedó rápidamente diluido.

La modelo accionó nuevamente el resorte y el compartimiento secreto, ahora vado, se cerró. Volvió a dejar el encendedor sobre la mesa y esperó a que Adam Blocker saliera de la piscina.

El agente lo hizo casi en seguida.

Jessica lo vio venir hacia ella, chorreante, y dijo:

—Le pedí a Robert un par de naranjadas. ¿Nos las tomamos antes del combate amoroso...?

—Excelente idea —respondió Blocker—. Pero, antes de las naranjadas, un beso de esos que dejan la garganta seca —propuso.

—Encantada —sonrió la modelo, y le ofreció sus sensuales labios.

Adam la besó con ardor, arrodillado junto a ella.

Permanecieron casi tres minutos así, con las bocas unidas, acariciándose mutuamente. Después, Jessica tomó las dos naranjadas y le ofreció a Adam la que contenía la droga.

—Bebamos, cariño.

El agente aceptó el zumo de naranja y se lo bebió de un trago.

La modelo sonrió y bebió también su zumo, convencida de que Adam Blocker no podría llevar a cabo la misión que le había encomendado Tyrone Randall.

CAPÍTULO VI

Jessica Allen ignoraba, claro, que Adam Blocker se había percatado de que ella arrojaba algo en una de las naranjadas, con el mayor de los disimulos, lo que le hizo sospechar.

El agente, desde la piscina, no pudo ver qué era lo que la modelo echaba en el zumo de naranja, pero sí se fijó en cuál de ellos lo echaba. Por eso, cuando Jessica le propuso beber las naranjadas, dijo que antes debían darse un beso de los buenos.

Y, mientras se besaban, Adam cambió los zumos de posición, para que Jessica le ofreciera el que no contenía nada y ella se quedara con el otro.

Así había sido.

Blocker no había ingerido la droga.

La había ingerido la modelo, sin ella saberlo.

Pero lo supo muy pronto, porque la droga era de efectos muy rápidos, harto significativos además.

Jessica sintió que algo le quemaba el estómago y sufrió una violenta contracción, lo que le hizo perder la copa que, ya vacía, sostenía todavía en sus manos.

Pálida, con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos, se agarró el estómago y musitó:

—Adam...

El agente, muy serio ahora, confesó:

—Cambié las copas mientras te besaba, Jessica.

La modelo se llenó de terror.

—¡No...!

—¿Qué echaste en el zumo?

Jessica no pudo responder, porque sufrió otra violenta sacudida y se cayó de la tumbona, dando un grito terrible. Se agitó sobre el

césped como una posesa, con las facciones desencajadas, mientras algo muy parecido al plomo derretido corría por sus entrañas, abrasándolas y destruyéndolas.

El dolor era tan espantoso, que la modelo no se limitó a apretarse el desnudo estómago con sus manos. Clavó sus uñas en él y se desgarró la carne, haciendo brotar la sangre.

Blocker, estremecido, se echó sobre ella y le sujetó los brazos, para que dejara de causarse heridas, aunque no pudo evitar que siguiera agitándose y pataleando con desesperación.

—¿Por qué, Jessica? —preguntó.

La modelo no respondió.

Gritaba y despedía espuma por la boca, mientras su cara iba adquiriendo un tono azulado, horrible. Y también el resto de su cuerpo. Eran los efectos del poderoso veneno.

—¡Contesta, Jessica! ¿Por qué quisiste envenenarme? —insistió Blocker.

La modelo, más muerta ya que viva, hizo un esfuerzo y consiguió murmurar:

—El

GS-20...

Un escalofrío recorrió el espinazo del agente.

—¿Para quién trabajas? ¿Quién te ordenó que me eliminaras?

La modelo movió de nuevo sus ahora amoratados labios, pero de su garganta sólo escapó un gemido agónico.

—¡Responde, Jessica! ¡Dime quién te ordenó que me envenenaras! —gritó el agente.

Fue inútil.

Jessica sufrió un nuevo espasmo, realmente estremecedor, y quedó rígida, con los ojos a punto de saltarle de las cuencas, mirando sin ver, porque estaba muerta.

Ya no podría decirle a nadie el nombre de la persona que le ordenara acabar con Adam Blocker, caso de que éste se dejara convencer por Tyrone Randall y aceptara la misión de recuperar los planos del

GS-20.

Robert Cox apareció en el jardín, atraído por los gritos desgarradores de Jessica Allen. Corrió hacia las tumbonas y, cuando vio a la modelo tendida sobre el césped, con aquel aspecto tan horroroso, se quedó clavado.

—Cielo santo... —musitó.

Adam Blocker lo miró y se irguió.

—No podemos hacer nada por ella, Robert. Está muerta.

—¿Qué ha pasado, Adam?

—Quiso envenenarme.

—¿Envenenarle...? ¿Por qué?

—Para que no pudiera llevar a cabo la misión que me encargó Tyrone Randall. Recuperar los planos del GS-20,

un nuevo avión de combate. Por lo visto, el tipo que le encargó el «trabajito» sabía que Randall recurriría a mí. Y debía de estar muy seguro de que iba a conseguir los planos, ya que fueron robados esta misma mañana. Y yo hace varios días que conocí a Jessica. Un plan perfectamente estudiado. Claro que, de haber rechazado yo la misión, Jessica no hubiera actuado. Pero cuando le dije que tenía que realizar un trabajo para mi ex jefe, se apresuró a echarme el veneno en el zumo.

—¿Y cómo es que le hizo efecto a ella...?

—Tuve la suerte de percatarme de su disimulada acción y cambié las copas sin que ella se diera cuenta. Por supuesto, yo no pensaba que se trataba de un veneno mortal, sino de alguna droga para anular mi voluntad o algo así. Llegué a pensar, incluso, que se trataba de algún brebaje para multiplicar mi apetito sexual y obligarme a pasar la noche entera haciendo el amor con Jessica. Como parecía que era eso lo que ella deseaba... De haber sabido que se trataba de un veneno de efectos terribles, no hubiera cambiado los zumos de posición. Hubiera desenmascarado a Jessica y la habría obligado a confesarlo todo. Así, se fue al otro mundo sin decirme quién le encargó que me eliminara.

—Qué lástima.

—No te preocupes, Robert. Ya lo averiguaré.

—¿Qué hacemos con el cadáver de la chica, Adam?

—Llamaré a Randall y él se ocupará de todo.

Cuando Tyrone Randall supo lo que había pasado, sintió un profundo escalofrío.

—¡Has estado a punto de morir, Blocker!

—He estado a punto de morir muchas veces, jefe —respondió Adam, a través de la línea telefónica.

—Voy para ahí en seguida.

—Le espero, jefe.

El agente cortó la comunicación y el jefe del Servicio Secreto norteamericano colgó rápidamente el auricular. Poco después, se dirigía de nuevo a la casa de Adam Blocker, acompañado de tres hombres.

Cuando llegaron, Randall indicó al agente que conducía el coche que se quedara en él, y ordenó a los otros dos que le siguieran. Cox, que les estaba esperando, abrió la puerta.

Randall y el par de agentes fueron conducidos por Cox al jardín.

Blocker continuaba allí, examinando el encendedor de la modelo. Había logrado descubrir el diminuto resorte y, al accionarlo, se abrió el pequeño compartimiento secreto.

Dejó que Randall echara una ojeada al cuerpo sin vida de Jessica y después le mostró el encendedor.

—Aquí llevaba el veneno.

El jefe del Servicio Secreto, impresionado por el aspecto que ofrecía la modelo, examinó también el encendedor.

—Te librate de una muerte horrible, Blocker.

—Sí, lo sé.

—Llévároslo, muchachos —ordenó Randall.

La pareja de agentes, no menos impresionados, cargaron con el cadáver de la modelo y lo retiraron. Cox salió del jardín con ellos.

—Amplíame los detalles, Blocker —pidió Randall.

Adam lo hizo.

Después, Randall dijo:

—Bien, teniendo en cuenta lo sucedido, hay que pensar que la llamada anónima no fue una pista falsa. Y tampoco una trampa, porque la trampa te la habían tendido a ti en tu propia casa, desde hacía varios días.

Si pensaban liquidarte aquí, la llamada anónima estaba de más.

Por eso pienso ahora que la pista es buena.

—Sí, es posible. Pero no estaré seguro hasta que hable con esa hermosa bailarina.

—Penelope Wellch, ¿eh?

—Sí, la ex amante de Philip Yeldham.

—Te apuesto lo que quieras a que fue ella quien llamó.

—Esta noche lo sabré.

—Yo, mientras tanto, trataré de averiguar si existía alguna relación entre Philip Yeldham y Jessica Allen —dijo Randall.

* * *

Adam Blocker no lo sabía, pero su casa estaba siendo vigilada por un par de tipos, cumpliendo órdenes del mismo hombre que encargara a Jessica Allen la eliminación del agente secreto en el caso de que éste aceptara la misión de recuperar los planos del GS-20.

Los tipos ya estaban de vigilancia cuando Tyrone Randall llegó la primera vez a la casa de Adam Blocker, para encargarle la misión. Por su gesto de satisfacción, cuando salió de ella, adivinaron que el agente había aceptado la difícil misión, así que Jessica tendría que entrar en acción.

Ellos estaban allí para recogerla, cuando saliese precipitadamente de la casa, pero también para hacer su trabajo, si ella fracasaba. Y cuando vieron llegar por segunda vez a Tyrone Randall, intuyeron que Jessica había fallado.

Esto se confirmaba poco después, cuando el cadáver de la modelo era sacado de la casa y metido en el maletero del coche por dos de los agentes que acompañaban a Randall.

Los tipos cambiaron una mirada.

—Tendremos que ocuparnos nosotros del agente Blocker, Jenkins.

—Sí, McCowam. En cuanto salga de su casa.

CAPÍTULO VII

Minutos después de que el cadáver de Jessica Allen fuera sacado de la casa, salía de nuevo Tyrone Randall.

McCowam y Jenkins lo vieron subir al coche y alejarse con los tres agentes. Y con el cuerpo sin vida de la modelo, claro.

Adam Blocker aún tardó un buen rato en salir.

Lo hizo minutos antes de las ocho, vistiendo un traje marrón, fresco y ligero, una camisa azul pálido, y una corbata que combinaba perfectamente con su elegante indumentaria. Los zapatos, de piel de cocodrilo, eran magníficos.

El agente había desencajado ya algunas mandíbulas con ellos, pateado unos cuantos estómagos, y pisoteado varios cuellos. Eran unos zapatos la mar de resistentes.

Con paso firme, Adam Blocker alcanzó el garaje y abrió la puerta, que se elevó automáticamente. Los tipos que lo vigilaban esperaron a que penetrara en el garaje.

El agente lo hizo tranquilamente.

Entonces, los espías abandonaron su posición y corrieron silenciosamente hacia la casa, empuñando sendas metralletas. Hacia el garaje, más concretamente, para freír en él a balazos al agente Blocker.

Por desgracia para ellos, Robert Cox los vio aproximarse por una de las ventanas y se apresuró a advertir a Adam Blocker, utilizando el teléfono interior, que también comunicaba con el garaje.

El agente, que ya se disponía a entrar en su coche, un flamante y veloz Porsche, oyó sonar el teléfono del garaje y lo tomó.

—¡Adam! —gritó Cox.

—¿Qué pasa, Robert?

—¡Dos tipos van hacia el garaje! ¡Y llevan metralletas!

Blocker colgó inmediatamente el teléfono y se llevó la mano a la axila, empuñando su arma, una impresionante *Parabellum*. Después, corrió hacia la puerta y se detuvo junto a ella, pegado a la pared.

Cox, por su parte, había tomado el revólver calibre 38 que guardaba en el cajón de la pequeña mesa del vestíbulo. Quería echarle una mano a Adam.

Lo hizo.

Sacó el revólver por la ventana y disparó contra los tipos, prácticamente sin apuntar, ya que sólo se trataba de distraerles para que Adam pudiera salir del garaje y dar buena cuenta de ellos.

Los espías apuntaron hacia la ventana con sus metralletas y soltaron sendas ráfagas, obligando a Cox a esconder el brazo.

Blocker, en cuanto oyó disparos de revólver, adivinó que Cox pretendía captar la atención de los tipos para facilitarle la salida del garaje y, cuando oyó ladrar las metralletas, dio un gran salto y se plantó fuera del garaje.

—¡Aquí me tenéis, cobardes!

Los espías desviaron inmediatamente las metralletas hacia él, pero la *Parebellum* del agente comenzó a escupir balas y cayeron los dos, aullando como perros heridos de muerte.

Habían soltado las metralletas y, antes de morir, se agitaron unos segundos en el suelo. Después, quedaron tiesos como bacalaos.

Habían fracasado también, como Jessica Allen.

Y, al igual que ella, habían muerto por el GS-20.

* * *

Robert Cox oyó que las metralletas enmudecían y se asomó a la ventana, descubriendo a los tipos en el suelo, abatidos por los disparos de Adam Blocker.

Cox lanzó una exclamación de alegría y salió rápidamente de la casa.

—¿Estás bien, Adam...?

—Sí, Robert —respondió el agente—. ¿Y tú?

—Ni un rasguño.

—Me alegro.

Blocker se acercó a los individuos y les registró los bolsillos.

—¿Los conoces, Adam? —preguntó Cox.

—No, sus caras no me dicen nada.

—Por lo visto, estaban esperando que salieras para eliminarte.

—Sí, debían ser amigos de Jessica. Y como ella falló, decidieron intentarlo ellos.

—Pues fallaron también.

—Gracias a ti, Robert, que siempre estás alerta.

—El criado de un agente secreto debe estar alerta siempre —repuso Cox, sonriendo.

Blocker sonrió también.

—Hice un gran negocio cuando te tomé a mi servicio, no hay duda.

—¿Encuentras algo de interés en los bolsillos de los tipos, Adam?

—No, nada.

—¿Qué hacemos con los cadáveres?

—Mételos en el garaje, cuando yo saque el coche, y luego llama a Tyrone Randall. Yo no puedo perder más tiempo.

—De acuerdo, Adam.

El agente, que ya había devuelto su *Parabellum* a la funda axilar, se irguió y caminó hacia el garaje. Segundos después se oía rugir el motor del Porsche.

Blocker sacó su coche del garaje y se alejó rápidamente, en dirección a la ciudad. Penelope Welch no lo sabía, pero tenía una cita con él en El Papagayo Rojo.

* * *

Adam Blocker había estacionado su Porsche cerca de El Papagayo Rojo y ya caminaba hacia el club. En la entrada, había una fotografía de Penelope Welch a tamaño natural.

El agente se detuvo un instante y la observó.

Y la verdad es que había mucho que observar, porque la ex amante de Philip Yeldham era un monumento de mujer. Tenía el pelo muy negro, los ojos ardientes, y los labios rojos y carnosos. Su busto, prácticamente desnudo en la fotografía, era una maravilla. Y también eran maravillosas sus caderas y sus piernas, igualmente desnudas, ya que la bailarina llevaba una especie de escueto

taparrabos.

Debía ser su traje de «faena».

El taparrabos... y los adornos que cubrían las cimas de sus pechos, acoplados a ellos, y que no eran mayores que una moneda. Vamos, que sólo cubrían los pezones y las aureolas de los mismos.

Lo demás, todo al aire.

—No me explico cómo Yeldham le pudo dar la patada a una hembra como ésta... —murmuró Adam.

Después, penetró en el club.

El local era amplio y estaba bien montado. Se hallaba bastante concurrido, por lo que quedaban pocas mesas vacías y ninguna de ellas próxima a la pista de atracciones.

Bueno, la verdad es que había una mesa desocupada junto a la pista, pero sobre ella se veía un cartel que decía; «Reservada».

Adam le echó el ojo y decidió ocuparla, a pesar de lo que decía el cartelito. Buscó al encargado del club con la mirada y, en cuanto lo localizó, fue hacia él.

—Buenas noches —lo saludó.

—Buenas noches, señor —respondió el tipo, que frisaba los cuarenta años de edad, era bastante alto, y no mal parecido.

—Es usted el encargado, ¿verdad?

—En efecto, señor. ¿Puedo servirle en algo...?

—Creo que sí.

—Usted dirá, señor.

—Me llamo Blocker y me gustaría ocupar una mesa cercana a la pista de atracciones.

El encargado echó una ojeada a las mesas.

—Me temo que están todas ocupadas, señor Blocker. Las que quedan libres, están algo alejadas de la pista.

—Yo veo una desocupada junto a ella.

—Si, es cierto. Pero esa mesa está reservada, señor Blocker.

El agente se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, tomó su cartera, y extrajo un billete de cien dólares. Lo puso en la mano del encargado y dijo:

—Si usted quiere, esa mesa la reservé yo:

El tipo se guardó rápidamente el billete.

—La mesa es suya, señor Blocker.

—Magnifico —sonrió Adam.

—Sígame, por favor.

—Gracias.

Caminaron los dos hacia la mesa y el encargado retiró el rótulo.

—Puede sentarse, señor Blocker.

El agente ocupó una silla.

—¿Tardará mucho en actuar Penelope Welch...? —preguntó.

—No, sólo unos minutos.

—Estupendo.

—¿Es usted admirador suyo, señor Blocker...?

—El más grande de todos.

—Creo que a Penelope le gustaría saberlo.

—En cuanto finalice su actuación, mande una botella del mejor champaña al camerino de Penelope Welch —pidió Adam—. Y acompañe mi tarjeta, por favor —añadió, echando mano nuevamente de su cartera.

Tomó la tarjeta y se la entregó al encargado, quien respingó ligeramente al ver que rezaba: «Adam Blocker. Ginecólogo».

—¿Es usted médico, señor Blocker...?

—Así es.

—Ginecólogo...

—Lo que necesita Penelope Welch.

—¿Por qué?

—Está embarazada.

El encargado respingó con más fuerza que antes.

—¿Penelope embarazada...?

—Sí, de varios meses. Y probablemente serán gemelos —vaticinó el agente secreto.

CAPÍTULO III

El encargado de El Papagayo Rojo no había podido salir todavía de su perplejidad, cuando las luces del local se apagaron, quedando solamente encendidos unos pilotos rojos que despedían una luz suave y exótica.

Dos reflectores entraron en acción, proyectando su luz sobre la pista de atracciones, en la que ya estaba apareciendo Penelope Wellch. La orquesta, velada por una cortina, atacó una pieza que se relacionaba inmediatamente con la selva africana, por su ritmo sensual y salvaje.

Penelope Wellch, que lucía la misma descarada indumentaria que en la fotografía que se exhibía a la entrada del club, inició su actuación, contorsionando su magnífico cuerpo al compás de la exótica música.

Sus movimientos, perfectamente estudiados todos ellos, rezumaban belleza y voluptuosidad, erotismo, sensualidad... Era la suya una danza que, como muy bien dijera Tyrone Randall, encendía a los hombres que la presenciaban, despertando en ellos el deseo de tomar a la hermosa y sensual Penelope entre sus brazos, estrechar su prodigioso cuerpo casi desnudo, y besar sus rojos labios.

Y más cosas.

Adam Blocker no apartaba los ojos del sensacional cuerpo de la bailarina. Se había olvidado por completo del encargado del club, quien, atónito todavía por lo del embarazo de Penelope Wellch, se había retirado sin pronunciar palabra.

El tipo, no obstante, seguía la actuación de la bailarina. Y se fijaba, especialmente, en su vientre, porque Penelope lo movía que daba gusto verlo, como de costumbre.

Y el encargado, claro, pensaba en el par de criaturas que, según Adam Blocker, se estaban formando allí dentro.

—Pobres gemelos... —murmuró—. Van a nacer más mareados que un trompo.

Poco después, finalizaba la actuación de Penelope Welch y el público, como de costumbre, le aplaudió a rabiar. Las luces del local se habían encendido de nuevo y la bailarina saludaba a los espectadores y les lanzaba besos a dos manos.

Adam Blocker era de los que más fuerte aplaudían. Ello, unido a que su mesa era de las más próximas a la pista de atracciones, hizo que la exuberante Penelope reparara en él.

El agente le sonrió, sin dejar de aplaudir, y dijo:

—Fantástico, Penelope.

A la bailarina le gustó el aspecto de Adam y, además de devolverle la sonrisa, le lanzó un beso muy significativo. Después, se pegó una carrerita y abandonó la pista, desapareciendo por la puerta que daba salida a los artistas.

Penelope Welch fue directamente a su camerino, pensando en el apuesto cliente que ocupaba aquella mesa tan próxima a la pista de atracciones.

Ya en él, se despojó de los adornos que cubrían las cimas de sus senos y del descarado taparrabos, quedando completamente desnuda. Se estaba enfundando la bata, cuando llamaron a la puerta.

La bailarina se cerró la bata y ató el cinturón, abriendo seguidamente la puerta. Era Richard Layton, el encargado del club, y portaba una botella de champaña en un cubo de hielo, un par de copas, y una tarjeta.

—Es un obsequio, Penelope.

La bailarina tomó la tarjeta y la leyó.

—¿Un ginecólogo...? —exclamó, respingando.

—Lo que tú necesitas, según él.

—¿Yo...? ¿Por qué?

—Dice que estás embarazada.

Penelope respingó de nuevo.

—¿Embarazada yo...?

—Sí, de varios meses. Y añadió que seguramente serán gemelos.

—¡Gemelos...! —repitió la bailarina, haciendo un gallo con la

VOZ.

—He traído dos copas porque el tipo, que debe tener mucha pasta, espera que lo hagas venir a tu camerino.

—Para brindar por los gemelos, ¿no? —repuso la artista, con ironía.

—Supongo.

—Está bien, Layton. Tráigame al ginecólogo.

—En seguida.

El encargado dejó el champaña y las copas en el camerino, y fue en busca de Adam Blocker.

Penelope cogió la botella, dispuesta a rompérsela en la cabeza al ginecólogo.

—Yo le daré gemelos al tipo —rezongó.

Un par de minutos después, llamaban de nuevo a la puerta.

—¡Adelante! —Autorizó la bailarina, levantando la botella de champaña.

La puerta se abrió y Adam Blocker entró en el camerino.

Penelope se quedó con la botella en alto, pues no esperaba que el ginecólogo fuera el apuesto cliente que con tanto entusiasmo le aplaudiera.

—Usted... —murmuró.

Adam, al ver que la bailarina enarbolaba la botella de champaña como si fuera un mazo, carraspeó y dijo:

—Pedí que trajeran la botella para brindar con usted, Penelope, no para que me la rompa en la cabeza.

La artista bajó la botella y volvió a dejarla en el cubo, lentamente.

—Usted debe ser un ginecólogo muy malo, señor Blocker.

—¿Por qué lo dice?

—Yo no estoy embarazada. Usted, sin embargo, vaticina que voy a tener gemelos.

El agente rió.

—Fue solo una broma, Penelope.

—¿Una broma...?

—Yo no soy ginecólogo. Ni siquiera soy médico.

—Pero, su tarjeta...

—No haga caso de lo que leyó en ella. Las tengo de varias profesiones. Abogado, electricista, fontanero, técnico de TV,

vendedor de ropa interior de señora, de frigoríficos, de cafeteras, de mantas eléctricas...

La bailarina se había quedado con la boca abierta.

—¿De verdad tiene tarjetas de todo eso...?

—Y de muchas más cosas. Y según a quién quiero ver, utilizo una u otra.

—Y para verme a mí, escogió la de ginecólogo...

—Así es.

—¿Por qué?

—Sabía que así me recibiría. Lo de que estaba embarazada de varios meses, y que seguramente tendría gemelos, tenía que dar forzosamente resultado. Lo malo es que el encargado del club se lo creyó...

Penelope Welch no pudo contener la risa.

—¡Es usted un granuja, Adam, pero me cae bien!

—¿Por qué no nos tuteamos?

—De acuerdo.

—Tu danza me dejó maravillado, Penelope.

—¿De veras?

—Fue algo fabuloso.

—¿No me habías visto bailar nunca?

—No, no había tenido esa suerte. La verdad es que, hasta hoy, no había oído hablar de ti. Alguien me dijo que en El Papagayo Rojo actuaba una belleza morena que encendía a los hombres con su sensual forma de bailar, y vine a ver si era cierto.

—¿Te encendí a ti, Adam...? —preguntó la artista, con un brillo pícaro en sus preciosos ojos.

El agente dio un paso hacia ella, la abarcó por la cintura, y la atrajo hacia sí.

—Todavía estoy que ardo, Penelope.

—A ver si me quemas la bata... —bromeó ella...— Como es muy posible que suceda, mejor que te la quites.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—No llevo nada debajo.

—Bueno, la verdad es que durante tu actuación tampoco llevabas mucho, así que...

—No seas descarado, Adam.

—¿Puedo besarte, Penelope?

—Claro.

Se besaron, larga y fogosamente.

Blocker deslizó su mano derecha hacia el busto de la bailarina, y como ella no hizo nada por frenarle, la introdujo por la abertura de la bata y le acarició los senos.

La artista se estremeció, acusando las caricias, y separó su boca de la de él.

—Tú no pierdes el tiempo, ¿eh, Adam?

—Estando con una mujer como tú, sólo un idiota lo perdería.

—¿Por qué no abrimos la botella de champaña?

—¿Y luego...?

—Tengo que actuar otra vez. Después, puedes acompañarme a casa. O llevarme a la tuya.

—¿Lo dices en serio?

—Me gustas, Adam. Y me apetece pasar la noche contigo.

—El caso es que...

—¿Qué pasa?

—Verás, me han encargado un trabajo y tengo que hacerlo esta noche.

—¿Esta noche...?

—Sí.

—¿Y qué trabajo es ése, Adam?

—Recuperar los planos del

GS-20.

La bailarina se estremeció como si acabara de recibir un latigazo en la espalda, demostrando con ello que sabía muy bien lo que era el

GS-20.

Trató, no obstante, de disimular.

—¿Recuperar los planos de qué...?

—Del

GS-20.

Es un moderno avión de combate. Los planos fueron robados esta mañana. Y según una llamada anónima, efectuada por una mujer, Philip Yeldham, un conocido hombre de negocios, más bien sucios, está metido en el ajo.

La artista, cada vez más nerviosa, guardó silencio.

Adam la miró fijamente a los ojos y preguntó:
—¿Hiciste tú esa llamada, Penelope?

CAPÍTULO IX

Penelope Welch se separó bruscamente de Adam Blocker.

—¿Yo...? —exclamó—. ¡Si ni siquiera sé quién es Philip Yeldham!

—¿Seguro?

—¡Es la primera vez que oigo pronunciar ese nombre! ¡Y tampoco había oído hablar del GS-20!

¡No sé nada de aviones de combate ni de planos robados!

El agente secreto sonrió con suavidad.

—¿Por qué no eres sincera conmigo, Penelope?

—¿Quién ha dicho que no lo soy...?

—Afirmas que no conoces a Philip Yeldham.

—¡Y es verdad!

—Fuiste su amante, Penelope.

La bailarina palideció.

—¡Eso es mentira!

—Es cierto, y tú lo sabes. Hasta hace poco, eras la chica de Philip Yeldham. Pero se cansó de ti, como de todas las mujeres que pasaron anteriormente por su cama, y te dio la patada, como vulgarmente se dice.

La artista se enfureció.

—¡Fuera de mi vista!

—Por favor, no te enfades conmigo. Yo jamás le hubiera dado la patada a una mujer como tú, Penelope. Philip Yeldham es un cerdo. Y si tú sabías algo del GS-20,

hiciste muy bien en hacer esa llamada anónima, facilitando su nombre, para que podamos recuperar los planos y darle su

merecido a Yeldham. Tenías derecho a vengarte.

—¡Yo no hice ninguna llamada! —siguió negando la bailarina.

—Si temes posibles represalias, puedes tranquilizarte, porque nadie sabrá que tú delataste a Yeldham. Te lo prometo, Penelope.

—¡Te repito que yo no lo delaté, Adam!

—Admite, al menos, que mantuviste relaciones íntimas con Philip Yeldham...

La artista apretó los puños.

—¡Está bien, lo admito!

—Y que habías oído hablar del

GS-20...

—¡Eso lo niego!

—Mientes, Penelope. Te estremeciste perceptiblemente cuando te confesé que me habían encargado recuperar los planos de ese nuevo avión de combate.

—¡Márchate, Adam!

—Está bien, no insistiré. Pero no quiero despedirme de ti así, dejándote disgustada. Deseo que seamos amigos, Penelope.

—¡Me engañaste, Adam! ¡Eres un agente secreto y viniste a sonsacarme! ¡No quiero ser tu amiga!

—Antes de interrogarte, te confesé la verdad.

—¡Ya era tarde! ¡Me habías besado, me habías acariciado, y yo lo consentí porque creí que realmente me deseabas!

—Y así es, Penelope.

—¡Cínico! ¡Formaba parte todo del plan!

—No es verdad.

—¡Lárgate, Adam, por favor! ¡Y no vuelvas más por aquí!

—Sí que volveré, Penelope. Y como ya se te habrá pasado el enfado, seremos otra vez amigos y te demostraré que mis ganas de besarte y de acariciarte eran auténticas.

—¡Adiós, Adam!

—Hasta la vista, Penelope —respondió el agente, y salió del camerino.

La bailarina, al quedar sola, se llevó las manos a las sienes y se las oprimió. Seguía muy nerviosa y necesitaba beber algo.

Sus ojos se posaron en la botella de champaña.

Era la única bebida que tenía en el camerino, así que no dudó en tomar la botella. Se bebería un par de copas.

O tres.

O cuatro...

No le importaba emborracharse.

Desgraciadamente, no pudo tomarse ni siquiera una copa, porque cuando intentó descorchar la botella, ésta estalló como una bomba.

Como lo que era.

Una bomba de gran potencia, que destrozó no sólo el cuerpo de Penelope Welch, sino el camerino entero.

* * *

Adam Blocker se había alejado sólo unos pasos cuando sobrevino la terrible explosión. La puerta del camerino de Penelope Welch saltó, arrancada de cuajo por la onda expansiva, y cayó varios metros más allá.

El agente secreto, instintivamente, se arrojó al suelo y se protegió la cabeza con los brazos. Y es que las paredes del camerino de la bailarina habían saltado también en pedazos, esparciéndose por el corredor.

Adam, medio sordo por el estruendo de la explosión, se irguió y se acercó al destrozado camerino. En el corredor, junto con los pedazos de pared, había caído un brazo de mujer.

El brazo no tenía mano.

Adam, estremecido, encontró la mano un par de metros más allá, destrozada. Le faltaban todos los dedos.

En el interior del demolido camerino, yacía el cuerpo sin vida de Penelope Welch, cubierto de sangre y de escombros. La cara le había desaparecido literalmente y las vísceras habían saltado del cuerpo, destrozadas.

El espectáculo no podía ser más horrible.

Adam tosió, a causa del humo, y se retiró unos pasos.

Nada podía hacer ya por la infortunada bailarina.

Había muerto, también por el

GS-20.

Y él había estado a punto de perecer con ella.

Si hubiera permanecido unos segundos más en el camerino...

El agente ignoraba, claro, que la bomba estaba en la botella de

champaña. Lo que no ignoraba, es que la bomba había sido colocada más por él que por Penelope.

Debían morir los dos, pero, fundamentalmente, él para no seguir adelante con la misión que Tyrone Randall le había encomendado. La suerte había querido que él se librara, pero la bailarina...

De pronto, apareció Richard Layton, el encargado del club, seguido de algunos empleados.

—¿Qué ha pasado...? —exclamó Layton.

—Alguien colocó una bomba en el camerino de Penelope Welch —explicó Adam—. Ella está muerta. Y yo me salvé de puro milagro.

—¡Oh, Dios, no!

De repente, Adam se acordó de la botella de champaña y no pudo evitar el relacionarla con la explosión. Agarró de la chaqueta al encargado y preguntó:

—No estaría en la botella, ¿verdad?

—¿Cómo?

—¿Estaba la bomba en la botella de champaña?

—¡Imposible!

—¿Quién la llevó al camerino?

—¡Lo hice yo personalmente!

Por la expresión de sus ojos, Adam supo que el encargado no sabía nada de la bomba. Si estaba en la botella de champaña, no la había preparado él. De haberlo hecho, habría mandado la botella con un empleado en vez de llevarla él personalmente, para no despertar luego sospechas, como de hecho las había despertado.

La bomba la había colocado alguien pagado por Philip Yeldham.

Adam soltó al encargado y dijo:

—Será mejor que avise a la policía.

—Sí, ahora mismo.

El agente se alejó de él con paso rápido y abandonó el club, antes de que la policía hiciera acto de presencia. Alcanzó su Porsche, se metió en él, y...

No llegó a ponerlo en marcha, porque el cañón de una pistola se clavó en su nuca y una voz dijo:

—No te muevas, Blocker.

CAPÍTULO X

Adam Blocker se quedó paralizado.

Por el espejo interior del coche, vio al tipo que le amenazaba con una Luger. Tenía cara de asesino, así que no dudaría en disparar si él no le obedecía.

El agente se recriminó a sí mismo por no haber descubierto a tiempo al individuo que se hallaba oculto en la parte trasera del Porsche, pero como la cosa ya no tenía remedio, dijo:

—Seré un buen chico, lo prometo.

—Más te valdrá, porque como pestañees siquiera, te meto un plomo en la nuca —masculló el fulano.

—Menos mal que no tengo ningún «tic» nervioso en el ojo.

—No hagas chistes y pon el coche en marcha.

—A la orden.

—Hazlo despacio o se acabó todo para ti, Blocker.

—Entendido.

Adam puso el motor en marcha y el Porsche arrancó, alejándose de El Papagayo Rojo.

—No corras, ¿eh? —advirtió el tipo.

—Lo que tú digas.

—Yo te iré indicando el camino a seguir.

—Bien.

—Tienes una pata de conejo, ¿verdad, Blocker?

—¿Por qué lo dices?

—Jamás he visto un tipo con tanta suerte.

—¿Llamas tú suerte a tener un tipo detrás, presionándote la nuca con una Luger...?

—Te librate del veneno de Jessica. Después, te cargaste a McCowam y Jenkins, los dos hombres que intentaron hacer el

trabajo encomendado a Jessica. Y hace unos minutos, en El Papagayo Rojo, te libraste también de la bomba. Por los pelos, pero te libraste.

Adam miró al tipo por el espejo.

—Fue cosa tuya, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dónde colocaste la bomba?

—Estaba en la botella de champaña.

—¿Y cómo sabías que yo iba a pedirle al encargado que mandara una botella de champaña al camerino de Penelope Welch...? —preguntó el agente.

—Bueno, eso no lo sabía, claro. Pero sí sabía que, tras la actuación de Penelope, acudirías a su camerino para hablar con ella, porque tú viniste a El Papagayo Rojo para interrogarla. De no haber pedido tú la botella, que ya estaba preparada, la hubiera mandado yo por mi cuenta al camerino de Penelope. Con tu petición, me facilitaste las cosas, aunque luego el plan fracasara a medias, ya que sólo murió la bailarina.

—Y teníamos que morir los dos, ¿rió?

—Claro. Penelope, porque sabía demasiado, y tú, porque tratas de recuperar los planos del GS-20.

—¿Quién los tiene?

—Me consta que tú ya lo sabes, Blocker.

—Penelope no me dijo nada, te lo aseguro.

—Estaba asustada, ¿verdad?

—Mucho.

—Sabía lo que le esperaba, si se iba de la lengua. Lo que no sabía, es que su suerte ya estaba echada, hablara o no hablara. La muerte estaba en su camerino. En la botella de champaña, esperando que tú o Penelope la abrierais. Lo hizo ella, pero cuando tú ya habías salido del camerino.

—Está muriendo mucha gente por el

GS-20,

¿no crees?

—Es cierto. Pero tú sigues vivo, Blocker.

—¿Por cuánto tiempo?

El tipo esboza una fría sonrisa.

—Sinceramente, no creo que te quede mucho.

—¿Me vas a liquidar tú?

—Pude haberlo hecho, cuando entraste en el coche, pero quiero sacarme la espina de mi fracaso con la botella de champaña entregándote vivo al jefe.

—Eso está muy bien —se alegró Adam.

—Me apuntaré un buen tanto, porque no es fácil atrapar vivo al mejor agente del Servicio Secreto norteamericano.

—Me siento profundamente halagado, pero creo que exageras.

—Todos lo dicen.

—¿Que exageras...?

—Que eres el número uno, Blocker. Y debe ser cierto, a juzgar por la guerra que estás dando.

Adam, siguiendo las indicaciones del tipo, había sacado el Porsche de la ciudad.

—¿Adónde nos dirigimos, amigo? —preguntó.

—A una hermosa casa de campo.

—¿Propiedad de tu jefe?

—Así es.

—¿Por qué no me dices su nombre?

—Tú ya lo conoces, Blocker.

—¿Philip Yeldham...?

—Exacto —asintió el tipo, que no había retirado en ningún momento el cañón de su Luger de la nuca del agente secreto.

* * *

La casa, en efecto, era grande y hermosa.

Y, como ya esperaba Adam Blocker, se hallaba fuertemente custodiada por los hombres de Philip Yeldham. La propiedad estaba cercada por una alta verja, seguramente electrificada. En la entrada, había tres hombres, dos de ellos esgrimiendo metralletas.

Frente a la casa y por los alrededores de la misma, había más hombres. Y casi todos portaban metralletas, también.

El tipo que amenazaba a Adam, ordenó:

—Deténte en la entrada, Blocker.

—Vale —respondió el agente, y frenó su Porsche junto a la verja.

La puerta estaba cerrada, pero los dos tipos que empuñaban metralletas apuntaron hacia el vehículo a través de los barrotes de hierro. El otro individuo se había llevado la mano a la axila y ahora esgrimía una Magnum digna del mayor de los respetos.

—¡Soy yo, muchachos! ¡Stone! —gritó el fulano que amenazaba al agente—. ¡Le traigo un regalo al jefe! ¡El agente Blocker en persona!

Los tipos no podían creerlo.

—¡Vamos, abrid de una vez! —apremió Stone.

El individuo que empuñaba la Magnum se encargó de abrir la puerta, accionando el mecanismo que la ponía en movimiento.

—Entra, Blocker —indicó Stone—. Y para el coche otra vez.

Adam obedeció.

El tipo de la Magnum se asomó por la ventanilla, comprobando que era cierto que Stone tenía dominado al agente secreto.

—¡Eres un fenómeno, Stone! —exclamó.

Stone sonrió e indicó:

—Desármalo, Wiler.

El llamado Wiler abrió la chaqueta del agente y le arrebató la *Parabellum*.

—Vamos hacia la casa, Blocker —ordenó Stone—. Y tú, Wiler, llama al jefe y anúnciale el regalo.

—¡Le va a encantar!

—Seguro.

Mientras Wiler hablaba con Philip Yeldham, Adam Blocker llevó el Porsche hasta la casa. Los hombres que la custodiaban rodearon inmediatamente el coche.

Stone volvió a presumir de haber atrapado vivo al agente Blocker y después ordenó a éste que saliera del Porsche. Adam obedeció y no intentó nada, porque eran varias las metralletas que le apuntaban.

Stone salió también del coche e indicó:

—Entra en la casa, Blocker.

El agente obedeció de nuevo, siendo seguido por Stone y por cuatro hombres más, que continuaron apuntándole con sus metralletas.

Poco después, Adam se hallaba frente a Philip Yeldham, un tipo de unos cuarenta y pocos años de edad, elegantemente vestido. El

agente, sin embargo, le prestó muy poca atención, ya que prefirió observar a la belleza rubia que le acompañaba.

Tenía unos maravillosos ojos azules y unos labios terriblemente tentadores. Lucía un vestido de noche, brillante, atrevido, que aún la hacía más hermosa y deseable. Aparentaba unos veinticinco o veintiséis años de edad.

Adam adivinó inmediatamente que se trataba de Elke Simmons, la cantante que había sustituido a Penelope Welch en la cama de Philip Yeldham.

Y no tuvo más remedio que envidiar a Yeldham, claro, porque si Penelope era un monumento de mujer, la rubia Elke aún le gustaba más.

Ella le observó a su vez, pero no con descaro, sino con preocupación y algo de nerviosismo, como si temiera por la suerte que el agente pudiera correr.

Philip Yeldham, visiblemente satisfecho de tener ante sí al agente Blocker, dijo:

—Te felicito, Stone.

—Gracias, jefe.

—¿Qué pasó en El Papagayo Rojo...?

Stone se lo contó.

Yeldham sonrió.

—Así que también te libraste de la bomba, ¿eh, Blocker?

—Por un pelo —respondió el agente.

—¿Cómo lo atrapaste, Stone?

El tipo se lo explicó.

—Buen trabajo, muchacho —dijo Yeldham.

—Lo prefiere usted vivo, ¿verdad, jefe?

—Por supuesto. Así podremos divertirnos un poco con él. Será interesante saber lo que aguanta el más famoso de los agentes del Servicio Secreto norteamericano... —respondió Yeldham.

CAPÍTULO XI

Las palabras de Philip Yeldham hicieron estremecer a Elke Simmons, porque presagiaban lo peor. Adam Blocker, sin embargo, no denotó la menor preocupación.

—Antes de que empecemos a divertirnos todos, Yeldham, ¿por qué no me dice usted lo que piensa hacer con los planos del GS-20?

—habló el agente.

—Venderlos, Blocker —respondió Philip.

—¿A quién?

—Al mejor postor. Como tú ya sabes, hay varios países interesados en conseguir los planos de ese fantástico avión de combate. Y serán para el que más pague.

—No le importa traicionar a su país, ¿verdad?

—En absoluto. A mí, lo único que me importa, es conseguir dinero. Y con el asunto del GS-20

voy a conseguir un montón de millones de dólares.

—En la cárcel no podrá disfrutarlos.

Philip Yeldham soltó una carcajada.

—Yo jamás iré a la cárcel, Blocker.

—¿Por qué está tan seguro?

—Hago las cosas bien y nadie podrá nunca obtener pruebas contra mí.

—El asunto del GS-20

no lo está llevando tan bien como cree, Yeldham —repuso Adam.

—Por culpa de Penelope Welch, ya lo sé. Si no se hubiera ido de la lengua... —rezongó Yeldham—. Pero ya recibió su merecido. Y

como está muerta, no podrá declarar contra mí. Y tú tampoco, Blocker, porque no saldrás vivo de esta casa.

—Todavía no estoy muerto. Pero, aunque sus hombres acaben conmigo, usted no podrá sentirse seguro, Yeldham. Otros agentes me sustituirán y acabarán mi trabajo.

—Fracasando tú, Blocker, que eres el mejor, ¿cómo van a triunfar ellos...?

Adam no respondió.

Yeldham emitió una risita burlona y dijo:

—Bien, Blocker, vamos con la diversión. ¿Te apetece hacer un poco de ejercicio...?

—Me encanta el ejercicio. Ayuda a mantenerse en forma.

—Tú debes pelear muy bien, ¿verdad?

—Hombre, no lo hago mal...

—¿Podrías vencer a dos de mis hombres a la vez?

—Es posible.

—¿Y a tres...?

—Ya es más difícil.

—¿Y a cuatro...?

—Se me antoja imposible.

—Pues vete preparando, porque vas a ser atacado por cuatro de mis hombres.

—Que me ataquen cinco. Por uno más...

Yeldham rió y explicó:

—No, Stone no te atacará. Se limitará a vigilarte, para que no intentes acercarte a las metralletas. Si lo haces, te mandará a criar gusanos con su Luger.

—Entendido.

—Vamos, muchachos, dejad las metralletas en un rincón. Y tú, Stone, colócate delante de ellas.

Los cinco hombres obedecieron.

Después, los cuatro que iban a pelear a la vez con el agente secreto rodearon a éste, quedándose Stone junto a las metralletas, con la Luger en la diestra.

Antes de que diera comienzo la lucha, Adam dijo:

—Quisiera pedirle algo, Yeldham.

—¿Qué?

—Soy consciente de que tengo pocas posibilidades de vencer a

estos cuatro hombres, pero, por si una de aquéllas lo consiguiera, me gustaría que su bella acompañante me diese un beso como premio. ¿Es mucho pedir...?

Philip Yeldham se echó a reír.

—¡Tendrás que pedírselo a ella, Blocker!

—Pues a ella se lo pido —respondió Adam, que ya estaba mirando a Elke Simmons.

La rubia, aunque pensaba que el agente no podría con cuatro hombres a la vez, se sintió halagada y sonrió con suavidad.

—Le daré el beso con mucho gusto, agente Blocker.

—¡Si gana la pelea, claro! —puntualizó Yeldham.

—Por un beso de una mujer hermosa, soy capaz de vencer a un regimiento entero —aseguró Adam.

—¡Atacadle, muchachos! —ordenó Yeldham, risueño, porque esperaba divertirse mucho con la desigual lucha.

* * *

Los cuatro hombres se lanzaron a la vez sobre Adam Blocker, dispuestos a propinarle la gran paliza, porque sabían que eso era lo que quería Philip Yeldham. Que lo molieran a golpes.

Que lo dejaran sin fuerzas para sostenerse en pie.

Que le rompieran, incluso, algunos huesos.

Y en teoría, parecía fácil, pues eran cuatro hombres altos y fornidos, musculosos, acostumbrados a repartir golpes de todas clases, limpios y sucios, y por muy bueno que fuera el agente secreto peleando, sólo tenía dos puños y dos piernas.

Lo de que por un beso de una mujer tan hermosa como Elke Simmons era capaz de vencer a un regimiento entero, no podía ser más que una galantería.

Muy pronto, sin embargo, se vio que la lucha no iba a ser tan desigual como parecía, porque Adam Blocker se empleó a fondo desde el primer momento.

Y cuando el agente se empleaba a fondo, se convertía en una especie de furia desatada, incontrolable, que lo arrasaba todo. Algo así como un ciclón, un huracán, o un tornado.

Lo mismo daba puñetazos, que golpes con los cantos de las manos, que golpes con los codos, que puntapiés, que rodillazos...

Era un auténtico espectáculo verlo pelear.

Un espectáculo que tenía maravillada a Elke Simmons, y ella no hacía nada por disimularlo, porque deseaba la victoria del agente Blocker y le daría encantada el beso si vencía.

Philip Yeldham había torcido el gesto, porque aquello no era lo que él esperaba. Eran sus hombres los que estaban recibiendo la paliza, no Adam Blocker.

Stone lo veía y no lo creía.

En un principio se había sentido molesto por la decisión de Philip Yeldham de dejarle fuera de la lucha, vigilando las metralletas, porque hubiera preferido colaborar en la supuesta paliza que iba a recibir el agente secreto.

Ahora, en cambio, se alegraba de ser mero espectador de la pelea, porque sus compañeros lo estaban pasando francamente mal. No podían con aquella especie de vendaval que era Adam Blocker, y rodaban por el suelo una y otra vez.

Afortunadamente, el salón era muy grande y tenían espacio suficiente para rodar como pelotas. En aquel preciso momento, los cuatro hombres de Yeldham estaban en el suelo.

Elke Simmons, feliz, rompió a aplaudir.

—¡Bravo, agente Blocker!

Adam la miró y le sonrió.

—Ve preparando tus labios, preciosa.

Philip Yeldham enrojeció de ira.

—¡Arriba, estúpidos! —rugió—. ¡Sois cuatro contra uno y estáis haciendo el ridículo! ¡No permitáis que Blocker se ría de vosotros! ¡Tenéis que vencerle!

Los tipos se incorporaron, con evidente dificultad, y atacaron de nuevo al agente. Pero lo hicieron sin fe, con temor, pues ahora ya sabían que se enfrentaban a un luchador sensacional.

Adam Blocker volvió a demostrar que, en efecto, lo era.

Le soltó un trallazo a uno de los atacantes en plena boca, y lo mandó de nuevo al suelo, con los labios partidos y varios dientes sueltos.

Al segundo de los tipos, que le atacó por la espalda, Adam le clavó el codo derecho en el hígado, con la potencia de un arpón ballenero, y el fulano se encogió en el acto, bramando de dolor.

El agente se revolvió como una centella y le soltó un hachazo en

la nuca con el canto de su mano. El sujeto se desplomó como si acabaran de apuntillarle, y ya no se movió.

Adam hizo frente a los otros dos tipos, propinándole una patada en el pecho al de la derecha. El individuo rugió y se agarró las costillas, preguntándose cuántas tendría rotas.

El otro fulano intentó golpear al agente, pero éste burló hábilmente el puño y respondió con un zurdazo al hígado. Naturalmente, el tipo se dobló al instante, dando un bramido.

Adam entrelazó sus manos y las descargó sobre la cabeza del individuo, elevando al mismo tiempo su rodilla derecha, para que saliera al encuentro de la cara del tipo.

Pobre cara...

El rodillazo fue tan tremendo, que se la desfiguró por completo.

Por suerte, el tipo perdió el conocimiento en el acto y se ahorró los lógicos sufrimientos. Pero ya sufriría cuando se despertase, ya...

El individuo que recibiera la patada en las costillas se lanzó de nuevo sobre el agente, pero volvió a fracasar, porque Adam lo frenó en seco asestándole un mazazo en el plexo solar.

El tipo se quedó sin respiración y resultó cómico verlo boquear como un pez fuera del agua. Adam le cascó de nuevo, ahora en la quijada, y lo envió al suelo, donde quedó inmóvil, porque había perdido el sentido.

Sólo quedaba un atacante consciente, el que recibiera el trallazo en la boca. Trató de incorporarse, pero Adam disparó la pierna y la punta del zapato de piel de cocodrilo percutió en la mandíbula del tipo, durmiéndolo en el acto.

Fue el final de la pelea.

Y como Adam la había ganado, fue en busca del premio.

CAPÍTULO XII

Elke Simmons le recibió con una amplia sonrisa.

—Es usted un luchador excepcional, agente Blocker —elogió—. Nunca creí que pudiera vencer a cuatro hombres a la vez.

—Ya dije que, por un beso de una mujer tan sensacional como tú, sería capaz de vencer a un regimiento entero —repuso Adam, al tiempo que le pasaba los brazos por la cintura.

—Empiezo a creerlo —dijo la rubia, y le besó.

Y cómo le besó...

Estaba poniéndolo todo en la unión bucal.

Adam, que no esperaba que Elke le besara de aquella manera en presencia de Philip Yeldham, su amante, la estrechó contra sí y le demostró que él también sabía besar con pasión.

Dio la impresión de que iban a saltar chispas de un momento a otro.

Pero no del ardiente beso, sino de los ojos de Philip Yeldham, pues estaba que se lo llevaban los demonios. En primer lugar, por la inesperada pero rotunda victoria de Adam Blocker sobre los cuatro hombres, en una pelea en la que toda la diversión había corrido a cargo del agente secreto.

Y, por si fuera poco, ahora tenía en sus brazos a Elke Simmons y la estaba besando como si después fueran a meterse en la cama juntos. Y lo que más había enfurecido a Yeldham, es que la pasión del beso había partido de la propia Elke.

A él jamás lo había besado con tantas ganas ni se le había entregado de una forma tan completa. Colérico, Philip Yeldham miró a Stone y le hizo un gesto expresivo.

El tipo entendió y se acercó silenciosamente al agente.

Adam siguió besando a la hermosa Elke.

Stone lo alcanzó y levantó la Luger, para asestarle un golpe en la cabeza, con el cañón, y dejarlo inconsciente.

Parecía que el agente no se había enterado de nada, pero no era así, pues Adam ya suponía que Philip Yeldham no permitiría que siguiera besando de aquella manera a Elke y lo vigilaba por el rabillo del ojo, con gran disimulo.

Ello le permitió captar el expresivo gesto que Yeldham le hizo a Stone y Adam pasó a vigilar a éste. Lo vio aproximarse, pero prefirió esperar a que estuviera junto a él, porque así le sería más fácil sorprenderle y desarmarle.

Y, cuando vio que el tipo levantaba su Luger, para asestarle el golpe en el cráneo, Adam disparó su pierna derecha hacia atrás y, con el talón, golpeó en el bajo vientre a Stone.

El tipo aulló y soltó la Luger, que cayó al suelo.

Stone también estuvo a punto de caer, porque el dolor que sentía en sus órganos masculinos era terrible. Se había encogido como un mono y se agarraba lo que tenía de hombre con las dos manos, la cara arrugada, los ojos cerrados, la boca entreabierta...

Adam se había revuelto ya como un rayo y, con la mano abierta, le asestó un golpe en el cuello. Stone se derrumbó instantáneamente, sin conocimiento.

El agente se apresuró a recoger la Luger de Stone.

Yeldham, que también iba armado, no dudó en echar mano de su Smith & Wesson.

—¡Cuidado...! —gritó Elke Simmons, al tiempo que golpeaba el brazo derecho de Yeldham.

Éste, que no esperaba la acción de la rubia, perdió la pistola.

—¡Maldita! —rugió, iracundo, y le propinó una dura bofetada.

Elke dio un grito y cayó al suelo.

Yeldham intentó recuperar su

Smith & Wesson,

pero Blocker le atizó un golpe en el cuello, con el cañón de la Luger, y lo dejó sin sentido, como a Stone.

Después, el agente ayudó a la rubia a ponerse en pie.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió ella, con la mano en la mejilla izquierda.

—¿Por qué me ayudaste?

—Philip iba a dispararle.

—Sí, pero tú...

—¿Yo qué?

—Eres la amante de Yeldham, ¿no?

—Sí, pero no por mi gusto. Odio a Philip Yeldham con todas mis fuerzas. Le mataría con mis propias manos si pudiera.

—¿Quieres decir que te obliga a...?

—Así es.

—¿De qué medios se vale para...?

—Me amenazó con matar a mi padre si no me convertía en su amante.

—Vaya.

—Philip Yeldham es un canalla. Y yo lo sabía, cuando él se encaprichó de mí. Por eso no quise saber nada de él. Pero Yeldham no aceptó mi negativa. Está acostumbrado a conseguir todo lo que desea, sin importarle los medios. Cuando me dijo que mi padre moriría si yo no me sometía a sus deseos, me puso entre la espada y la pared. Y tuve que acceder.

—¿Dónde conociste a Yeldham?

—En el club donde yo actuaba. Soy cantante.

—Lo sé.

—¿Sabía que soy cantante...?

—Y que te llamas Elke Simmons.

—¿Quién se lo dijo?

—Mi jefe. Me habló primero de Penelope Welch, la última amante de Philip Yeldham, y luego me habló de ti.

Elke se mordió los labios.

—La llamada anónima no la hizo Penelope.

—¿No...?

—La hice yo, agente Blocker —confesó la rubia.

* * *

La revelación de Elke Simmons dejó realmente sorprendido a Adam Blocker.

—Así que fuiste tú quien delató a Yeldham, ¿eh? —murmuró el agente secreto.

—Sí —cabeceó la rubia.

—Entonces, Penelope Welch era sincera cuando negaba haber hecho llamada alguna...

—Si, no debieron matarla. Ella sabía que Philip Yeldham estaba interesado en conseguir los planos del GS-20,

pero también sabía que no debía hablar con nadie de ello, porque le costaría la vida. Y la perdió sin haber delatado a Yeldham...

—Pobre Penelope.

—Y pobre de mí, cuando despierte Yeldham, porque no me perdonará lo que le hice —repuso Elke.

Adam la cogió del brazo.

—No temas, preciosa. Yo te sacaré de aquí.

—No creo que pueda, agente Blocker.

—¿Por qué?

—Yeldham tiene demasiados hombres.

—Si me prometes otro beso como el de antes, no nos frenará ni un batallón.

La cantante sonrió.

—Prometido, agente Blocker.

—Puedes llamarme Adam. Y tutéame, que no soy tan viejo.

—Desde luego que no.

Justo en aquel momento, Philip Yeldham emitía un gemido y movía la cabeza. Adam y Elke lo miraron.

—Está volviendo en sí —dijo el agente.

—Los otros tampoco tardarán en despertar —habló la cantante.

Blocker se agachó y recogió la

Smith & Wesson

de Yeldham. Pensaba guardársela en el bolsillo de la chaqueta, pero Elke dijo:

—Dámela, Adam.

—¿Te atreverás a usarla?

—Si es necesario, y me temo que lo será, no dudaré en apretar el gatillo.

Blocker le entregó el arma.

—Me gustan las chicas valientes.

—Y a mí los hombres decididos.

El agente le pellizcó la barbilla y después se ocupó de Philip Yeldham, al que levantó con pocos miramientos.

—Arriba, Yeldham.

Philip lo insultó con los ojos.

—¡Me las pagarás, Blocker! ¡Y ella también, por haberse puesto de tu lado!

—Cierre el pico, Yeldham, o se lo cerraré yo de un guantazo —amenazó el agente.

Philip se calló, aunque siguió insultándolos a los dos con el pensamiento. Le dolía mucho el cuello, a causa del golpe recibido, y se lo apretaba con la mano.

—¿Dónde están los planos del GS-20?

—preguntó Adam.

—¡No esperes que te lo diga! —Ladró Philip.

El agente bajó la Luger y el arma apuntó ahora al bajo vientre de Yeldham, rozando casi el pantalón.

—¿Quiere que le vuele lo que tiene de hombre, Yeldham? —dijo, con fría expresión.

Philip tembló de forma perceptible.

—No seas salvaje, Blocker.

—Quiero los planos del GS-20, Yeldham.

—De acuerdo, te los entregaré. Pero aparta la pistola de ahí.

Adam retiró la Luger, que volvió a apuntar al pecho de Yeldham.

—Se merecía que hubieras apretado el gatillo —dijo Elke—. Por cerdo y por canalla.

—Estoy de acuerdo —repuso Adam—. Pero lo primero es recuperar los planos del GS-20.

—Están en mi despacho —dijo Philip.

—Vamos hacia allí, pues.

Philip echó a andar, seguido de Adam y Elke, que le apuntaban con sus armas.

CAPÍTULO XIII

Antes de alcanzar la puerta del espacioso salón, Adam Blocker dijo:

—Coge una de las metralletas, Elke. Puede hacernos falta.

—¡Seguro! —respondió la cantante, y corrió hacia el rincón en donde los hombres de Philip Yeldham dejaran sus metralletas.

Tomó una y regresó junto al agente secreto.

Adam cogió la metralleta con su mano izquierda y siguió esgrimiendo la Luger de Stone en la diestra.

—Vamos, Yeldham, no se detenga —rezongó, clavándole el cañón de la pistola en los riñones.

Philip lo maldijo entre dientes y siguió caminando.

Salieron del salón y fueron hacia el despacho, alcanzándolo sin tropezarse con ninguno de los hombres de Yeldham, por hallarse todos fuera de la casa.

Entraron los tres en el despacho.

—¿Dónde están los planos del GS-20?

—preguntó Adam.

—En la caja fuerte —respondió Philip.

—¿Y dónde está la caja fuerte? —inquirió el agente, porque no se veía por ningún lado.

Philip vaciló.

—Conteste o se los vuelo, Yeldham —amenazó Adam, apuntándole de nuevo al pantalón.

Philip sintió una punzada en los órganos masculinos y se los protegió instintivamente con ambas manos.

—¡Eres un...!

—Lo haré si no obedece, se lo juro.

Yeldham, aterrado, se acercó a su mesa y accionó un resorte

oculto.

Al instante, la mesa se puso en movimiento, desplazándose suave y silenciosamente hacia la derecha. Cuando ya se había desplazado casi un metro, se detuvo y una parte del suelo que había quedado al descubierto, se fue para arriba.

Era la caja fuerte.

Estaba oculta bajo el suelo y sólo emergía cuando se accionaba el resorte secreto que ponía en marcha todo el mecanismo.

Adam Blocker esbozó una sonrisa.

—Fantástico, Yeldham.

Philip le llamó hijo de perra, pero con el pensamiento.

Como la caja fuerte había emergido ya totalmente, Adam indicó:

—Ábrala y saque los planos del

GS-20,

Yeldham.

Philip rezongó algo, pero obedeció. Marcó la combinación que solamente él conocía y luego abrió la puerta. Lo hizo lentamente, con una mano nerviosa, porque no sabía si empuñar la pistola que guardaba en la caja y utilizarla, o dejarla donde estaba, sin tocarla.

Tenía miedo de fallar y encontrar la muerte.

—Vamos, Yeldham, vamos —apremió Adam, temiendo que Stone y los otros cuatro hombres se recobraran y dieran la alarma.

Philip tragó saliva con dificultad y metió las manos en la caja fuerte, tomando el maletín especial que contenía los planos del nuevo avión de combate.

El maletín había sido abierto ya, después de neutralizar la carga explosiva que lo hubiera hecho estallar de no haber tomado esas precauciones. Y le había sido retirada, también, la cadena que permanecía sujeta al asa del maletín.

Philip Yeldham se armó de valor y, al mismo tiempo que tomaba el maletín, empuñó la pistola que había en la caja, confiando en que el maletín ocultara el arma cuando lo sacara de la caja fuerte.

Y, efectivamente, así fue.

Adam y Elke no vieron la pistola.

El agente, sin embargo, desconfió de la expresión de Yeldham, claramente nerviosa. Se leía en sus ojos que iba a intentar algo.

Y, en efecto, lo intentó.

Yeldham mostró la pistola de pronto, por debajo del maletín, y

disparó sobre el agente secreto. Pero, por desgracia para él, la bala no se alojó en el cuerpo de Blocker, sino en la pared, porque el agente había saltado a tiempo, apartándose de la trayectoria del proyectil.

Y, mientras se desplazaba hacia su derecha, Adam accionó el gatillo de la Luger, metiéndole la bala al traidor entre ceja y ceja.

Philip Yeldham soltó el maletín y se desplomó como un fardo, perdiendo también la pistola. De nada le iba a servir ya el arma, porque estaba más muerto que su tatarabuela.

—Otro que muere por

GS-20...

—dijo Adam, y se apoderó del maletín.

Elke estaba pálida.

El agente había reaccionado con increíble rapidez, pero a ella no le había dado tiempo a apretar el gatillo de la Smith & Wesson.

Había sucedido todo como un relámpago.

Adam se aseguró de que la carga explosiva había sido neutralizada y abrió el maletín, comprobando que, efectivamente, contenía los planos del

GS-20.

Lo cerró de nuevo y dijo:

—Bien, ya tenemos los planos. Ahora sólo nos falta salir de la casa.

—Lo más difícil —murmuró la cantante.

—Confía en mí, Elke.

—Confío plenamente, Adam.

—Toma, lleva tú el maletín. Necesitaré las dos manos para manejar la metralleta.

—De acuerdo.

Adam se guardó la Luger de Stone en la funda axilar, empuñó la metralleta con ambas manos, e indicó:

—En marcha, preciosa.

* * *

Stone fue el primero en volver en sí, aunque fuera el último en perder el conocimiento. Y es que él no había recibido tantos golpes

como sus compañeros.

No obstante, le dolía mucho el cuello. Y, más aún, lo que tenía de hombre. Después de maldecir al agente Blocker, se incorporó y reanimó a sus compañeros.

—¡En pie, vamos! ¡El agente se ha escapado! ¡Y creo que tiene como rehén al jefe! ¡Tenemos que atraparlo de nuevo, vivo o muerto! —gritó, mientras zarandeaba a los tipos.

Los cuatro hombres se irguieron, aunque no sin dificultad, porque les dolía todo. Stone, al no encontrar su arma en el suelo, advino que se la había llevado Blocker y trotó hacia las metralletas, para empuñar una.

Al descubrir que sólo había tres, exclamó:

—¡El agente se llevó una metralleta!

—¡Hijo de perra! —Ladró uno de los tipos, recurriendo a la pistola automática que llevaba en la funda sobaquera.

Otro de los hombres le imitó, mientras que los dos restantes fueron en busca de las dos metralletas que quedaban. Las empuñaron y salieron de cinco del salón.

Como estaba claro que el agente Blocker no se iría sin los planos del

GS-20,

Stone gritó:

—¡Hacia el despacho del jefe!

Corrieron los cinco en esa dirección, aunque no con la rapidez que el caso requería, debido a su estado físico. Daban unas pisadas tan sonoras, que Adam y Elke los oyeron antes de verlos.

—¡Ahí vienen, Adam! —exclamó la cantante.

—¡Echate al suelo, Elke! —indicó el agente—. No quiero que agujereen tu precioso cuerpo.

—¡Ni yo! —respondió ella, dejándose caer.

Casi al momento aparecían Stone y los otros cuatro hombres.

Adam los recibió con ráfagas de metralleta, barriéndolos literalmente a los cinco. Elke, desde el suelo, efectuó tres disparos con la

Smith & Wesson,

por si acaso era necesaria su colaboración.

En cualquier caso, dos de las balas enviadas por ella mordieron carne. La tercera, se cargó un florero.

Pero más cosas se cargó Adam con la metralleta.

Cuando Stone y los otros se derrumbaron, entre alaridos de muerte, el agente exclamó:

—¡En pie, Elke!

—¡Esto es la guerra, Adam!

—¡Y nosotros la vamos a ganar!

—¡Así sea!

—¡Vamos, hay que correr!

—¡Pues corramos!

Se lanzaron los dos hacia el vestíbulo.

Justo cuando lo alcanzaban, cuatro hombres irrumpían en la casa. Dos esgrimiendo pistolas, y los otros dos, metralletas.

—¡Al suelo, Elke! —gritó Blocker, haciendo ladrar su metralleta.

La cantante se echó de bruces y le dio también al gatillo, agujereándole el muslo a uno de los tipos. A otro, lo dejó prácticamente sin oreja, porque la bala se la llevó casi toda.

Las ráfagas enviadas por Adam hicieron mucho más daño que los disparos de Elke, ya que partieron literalmente a los cuatro hombres.

Los tipos se contorsionaron como muñecos antes de derrumbarse sin vida.

—¡Arriba, Elke! —exclamó Adam.

—¡Sí, mi capitán! —respondió la cantante, como si realmente estuviera en la guerra.

Corrieron los dos hacia la puerta y saltaron por encima de los cadáveres. Adam salió primero, dando un salto y con la metralleta presta a seguir vomitando balas.

Tres hombres corrían hacia la casa, pero no eran los que vigilaban la entrada de la propiedad. Adam se anticipó a sus disparos y los abatió a los tres.

—¡Puedes salir, Elke!

La cantante salió de la casa.

—¡Al coche, rápido! —dijo el agente—. ¡Lo conducirás tú!

—¡A la orden!

Corrieron hacia el Porsche, se introdujeron en él, y la cantante puso el motor en marcha.

—¡Dispárate, Elke!

—¿Con la pistola...?

—¡Con el coche!

—¡Ah, bueno!

El Porsche se lanzó hacia la verja como una exhalación.

Wiler y los otros dos tipos que custodiaban la salida intentaron cortar el paso, pero Blocker, que había sacado su metralleta por la ventanilla, soltó una ráfaga y llenó de agujeros los cuerpos de los tres.

—¡Bravo, Adam! —exclamó Elke, y detuvo el coche frente a la verja.

El agente salió velozmente del Porsche, accionó el mecanismo que abría la puerta, y se metió de nuevo en el vehículo.

—¡Zumbando, que es gerundio! —dijo.

—¡Eso! —respondió Elke, y pisó de nuevo el acelerador, haciendo que el Porsche saliera disparado de la propiedad de Philip Yeldham.

EPÍLOGO

Adam Blocker había vuelto a la vida tranquila y agradable.

Estaba en el jardín, echado en una tumbona, en bañador, con su guitarra en las manos, arrancándole suaves acordes. Junto a él, echada en otra tumbona, se encontraba Elke Simmons, tomando el sol.

La cantante luda un atrevido bikini rojo y tenía los ojos cerrados.

Sin abrirlos, susurró:

—Adam...

—¿Qué?

—¿Te sientes feliz?

—Sí, muy feliz.

—¿No echas de menos tu vida de agente secreto?

—En absoluto. Ya te expliqué que la recuperación de los planos del

GS-20

fue mi última misión. Tyrone Randall no volverá a recurrir a mí, se lo hice prometer. Se acabó el Servicio Secreto para mí.

—Me alegra. Así podrás casarte, formar un hogar, tener hijos...

Blocker la miró.

—¿Te casarías tú conmigo, Elke?

—Si me lo pides, tal vez acepte.

Blocker se deshizo de la guitarra y abrazó a la cantante.

—¿Me quieres, Elke?

—Si no te quisiera, no llevaría varios días en tu casa, viviendo contigo. Y durmiendo contigo... Tú no me has conseguido con amenazas, como el canalla de Philip Yeldham.

—Yo siento lo mismo por ti —confesó Blocker.

Elke le acarició el rostro.

—¿Estás seguro, Adam?

—Creo que me enamoré de ti cuando me besaste de aquella forma en casa de Yeldham. Te quiero y deseo hacerte mi esposa, Elke.

La cantante se emocionó.

—¿No te importa que fuera, aunque por poco tiempo, la amante de Yeldham?

—Si te hubieras entregado a él voluntariamente, no te lo perdonaría, pero no fue así. Yeldham te poseyó con amenazas. Y no puedo reprocharte que accedieras para salvarle la vida a tu padre. Tu gesto es digno de admiración, no de reproche.

Los ojos de Elke se humedecieron.

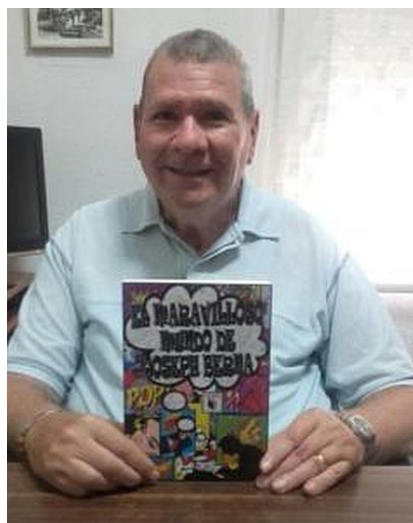
—Gracias, Adam. Para mí, esas pocas noches que pasé con el cerdo de Yeldham fueron un infierno. Y quiero que sepas que nunca me entregué de verdad a él. Mis besos eran fríos, y también mi cuerpo permanecía frío, absolutamente insensible a las caricias de ese puerco. Yeldham se daba cuenta y se enfurecía, llegando incluso a golpearme.

—Te creo, Elke —dijo el ex agente, y la besó en los labios con dulzura.

Ella le ciñó el cuello con sus brazos, revelando su deseo de que el beso se tornara apasionado, porque lo necesitaba. Como necesitaba, también las caricias del hombre que amaba.

Y Adam, naturalmente, la complació.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».